

NÚMERO 10 / SEPTIEMBRE - OCTUBRE DE 2022

# TACHES Y TACHONES

REVISTA BIMESTRAL DE LITERATURA, ARTES  
Y ALGO MÁS



[WWW.TACHESYTACHONES.COM](http://WWW.TACHESYTACHONES.COM)

REVISTA GRATUITA

## TACHES Y TACHONES

---

### DIRECTOR

Rodolfo O.

---

### DIRECTORA EDITORIAL

Patricia Castillejos

---

### CONSEJO EDITORIAL

Laura Pérez Martínez  
Angelina Rivas Avila  
Mónica Teresa Müller  
Alejandro Ordóñez

---

### COLABORADORES

Ítalo Mario Ruas Arias.  
Marilú Ricalde  
Alejandro Espinosa  
Andrea Pancracia  
Ari Guzmán  
Jorge Cappa  
Yijhan Ahmed  
Antonio Trejo Galicia  
Álvaro Sánchez Ortiz  
Sandra Lucía Ramírez  
Laura Galicia

---

### DISEÑO

Taches y Tachones

---

### PORTADA

Trabajo de Alejandro  
Espinosa

---

Derechos reservados.  
taches y tachones

ALEJANDRO ESPINOSA



---

### La conjura de los necios.

Un comediante devenido irresponsable gobernante desafía a una de las grandes potencias y siembra destrucción y muerte en su patria. Una líder del senado, en descarada provocación, visita una tierra que le está vedada y pone a temblar al mundo ante la inminencia de una conflagración internacional. Redoblan los tambores de guerra. La conjura de los necios. Ciudadanos armados deambulan por las calles, escuelas y centros comerciales exigiendo su derecho de matar y ser matados. Se actualiza el diagnóstico del filósofo Plutarco: El hombre es el lobo del hombre. Sólo algunos locos sufren el escarnio y la burla de la mayoría al pedir que se declare el adiós a las armas, que los niños porten libros en lugar de pistolas; que los hombres pulsen arcos de violín en lugar de metralletas y vuelquen su atención a la literatura y a las artes. Esta revista une su voz a los que claman en el desierto. Basta ya de sufrimientos, de familias enlutadas y de hogares destruidos. Pongamos un alto a los mercaderes de la guerra y a los políticos ambiciosos de poder. Que se cumpla la utopía: Paz en la tierra, como dijera aquel hombre de buena voluntad

---

# TABLA DE CONTENIDO

pg. **Una ventana al mundo ( poesía y cuento)**

01 Se hizo la luz

05 La vida por delante

07 El bolero de Carmen

09 Las aventuras de la gata Christie

14 La invasión de las Asíntotas

20 Entre zanates y pájaros carpinteros

22 Todo por Raquel

25 Reino palabroe

27 Sijtli

28 Nostalgia

**Hablemos de Libros ( reseñas)**

31 Tus pasos en la escalera

33. Un zapatismo diverso

**El séptimo arte "Celuloide en llamas"**

37 ¿Dónde está Marianne?

# ¿SE HIZO LA LUZ?

por Andrea Pancrásia

Un rayo de luz lo ofuscó, y por unos momentos no hubo nada, ni sonido, ni aromas, ni la sensación de su cuerpo; sólo había luz, el más puro espectro que nos recuerda de dónde venimos, a dónde nos dirigimos y con un poco de suerte, dónde permaneceremos. Lentamente la luz se desvaneció y los demás sentidos se manifestaron, primero la escucha regresó con un zumbido, después un hormigueo en sus dedos le informó que el tacto había regresado y finalmente el olfato apareció con un aroma a tierra mojada y hierbas. Con mucho dolor se incorporó hasta quedar sentado. Volteó hacia los lados tratando de reconocer en dónde estaba, y al intentar recordar cómo llegó ahí sólo aparecía el recuerdo de la cegadora luz y la nada. Era de noche, a decir verdad, no sabía qué hora era, pero sabía que era tarde. Lo rodeaba un denso bosque que dificultaba aún más reconocer su paradero, junto a él había un gran pino que había sido devorado por una plaga, sólo quedaba el erguido cadáver como una estructura abandonada que pide ser recordada dentro de su olvido. Giró su cuerpo hasta cambiar de perspectiva. Detrás de él, a unos escasos diez metros, había un automóvil completamente destruido, uno de los faros aún estaba encendido y el otro había desaparecido. El motor humeaba y los cables crujían al hacer corto circuito. Se llevó ambas manos a la cara y lanzó un quejido de pesadumbre, sabía que ese automóvil le pertenecía, tenía la corazonada de haberlo visto antes, sin embargo, no recordaba cuándo lo compró o dónde y tampoco a dónde se dirigía en él.

—Randy... —dijo en voz baja mientras pasaba los dedos entre su cabello — ... mi nombre es Randy.

Después de un largo rato, se puso de pie y se dirigió al auto, no había mucho que rescatar. Revisó exhaustivamente la carrocería con una falsa esperanza de recuperar algo, aunque el vehículo estuviera hecho añicos. Recordó entre ecos que había un pequeño kit de emergencias en el maletero y sin pensarlo se dirigió hacia ahí. Tuvo que mover algunos fierros para poder llegar a la manija, pero al intentar abrirla, un doblez en la lámina le impidió contraer la palanca; utilizó un poco de fuerza bruta y después de algunos jaloneos, el metal cedió y el maletero quedó abierto. Para su mala suerte, todo lo que contenía había sido aplastado por la llanta de repuesto que guardaba en el compartimiento bajo el tapiz, sólo quedaban un par de pastillas para el dolor de cabeza y un pedazo de venda. Sin pensarlo, tragó las pastillas y se sentó en el suelo; recargó su cabeza en lo que algún día fue la puerta del copiloto y trató de recordar. Todo lo que pasaba por su mente estaba acompañado de borrosas imágenes difíciles de interpretar, que hacían más difícil la situación. Después de un buen rato sin ninguna respuesta, sintió una molestia bajo su pierna izquierda. Buscó en el bolsillo de su pantalón y encontró una billetera. La luz de la luna trataba de iluminar el lugar, pero los celosos pinos no permitían que atravesara su follaje, así que era imposible ver con claridad el contenido de la billetera.

Randy quería respuestas, se puso de pie y se acercó al faro que aún permanecía con vida. Había un par de billetes, dos tarjetas de crédito vencidas y una identificación; tomó ésta última y la observó durante mucho tiempo. Leyó cuatro veces la información, pero nada de lo que ahí decía le parecía familiar. Por una última ocasión leyó en voz alta, deseando que la escucha fuera la cura para lo que sus ojos veían. «Randy M. Smith, nacido el 13 de noviembre de 1984. Domicilio: Los Fresnos, 823, Condado de Orange, California». Apretó las manos contra sus ojos y trató de recordar, pero sólo aparecía la luz.

—No recuerdo mi apellido, pero estoy seguro de que no es Smith...

Miró de cerca la fotografía, podía reconocerse, aunque se sentía incómodo al verla. Aparecía con una gran sonrisa, radiante y pícara, algo que él jamás haría. Mientras analizaba la identificación, escuchó una bocina de auto a lo lejos y vio una tenue luz pasar velozmente, durante todo el rato que llevaba ahí no había notado que la carretera pasaba tan cerca. Concluyó que salir del bosque era la mejor opción, así que caminó con pasos apresurados para salir de ahí. Su pie derecho dolía un poco, pero no permitió que eso lo detuviera y recorrió una corta distancia hasta llegar a la carretera. Había una gran valla que dividía el bosque del concreto y con nula agilidad burló la protección para llegar al asfalto. Al dejar atrás el denso follaje pudo ver la hermosa luna que alumbraba el camino, estaba en su apogeo, completamente redonda. Sintió un gran alivio y a su vez una gran nostalgia

—A pesar de su belleza, lo peligroso de la luna es que sólo muestra una de sus caras y nunca veré que esconde el otro lado —susurró para sí mismo. Algo en él se encendió, pero vino acompañado de un escalofrío. Recordó lo difícil que era para él mostrar sus verdaderos colores, creía que no valía la pena hacerlo; por esa razón se extrañó al verse sonriendo en aquella fotografía, él no mostraba una sonrisa tan fácil, aunque no recordara absolutamente nada antes de la luz, eso lo sabía muy bien.

Desde la lejanía se acercaban un par de luces blancas a gran velocidad. Su corazón se detuvo un instante cuando leyó entre letras borrosas la palabra «Taxi». Hizo una seña con su pulgar y el vehículo bajó la velocidad gradualmente hasta detenerse a escasos centímetros de Randy. Entró al auto y se encontró con un simpático hombre de mediana edad.

—Buenas noches, caballero. ¿A dónde nos dirigimos? —preguntó alegre.

Randy sintió un golpe en el pecho, realmente no sabía a dónde iba, supuso que lo mejor que podría hacer era ir a la dirección que decía la identificación.

—Los Fresnos número 823, condado de Orange.

—Ya veo, irá a visitar a su familia. Todos comienzan el viaje de la misma manera... y dígame, ¿esa dirección es el lugar donde creció o donde viven su esposa e hijos?

Randy, frunció el ceño.

—Mi viaje comienza aquí y termina en Los Fresnos, no entiendo su pregunta, sólo sé que es mi hogar.

— Oh, ya veo... Aún no te has dado cuenta. Nunca me había tocado uno así, ¿será como despertar a los sonámbulos?

—Señor, de verdad no entiendo de qué está hablando y me siento muy incómodo...

—Bueno, no me dejas otra alternativa —dijo el conductor con pesadumbre—. Hijo, si estás en este taxi sólo significa una cosa: has muerto. Al parecer lo tuyo es reciente puesto que no te habías dado cuenta. Si estás atrapado aquí significa que hubo algo que dejaste pendiente en vida y debes solucionarlo para poder salir de este lugar. Por la misma razón decía que todos comienzan el viaje yendo a visitar a su familia, aunque déjame decirte que lo más probable es que te decepciones cuando llegues, considera este consejo un regalo de bienvenida.

Randy estaba desconcertado, con los ojos de plato; volteaba a todos lados buscando algo que le diera sentido a lo que estaba experimentando, se golpeó varias veces en la cara, cada vez más fuerte que la anterior.

—¡Despierta! —gritó mientras golpeaba su pierna.

—Pronto dejarás de sentir dolor —comentó el conductor tratando de tranquilizar a Randy—, al principio tu mente recuerda lo que era sentir y eventualmente lo olvida, es necesario que sepas que ya no tienes un cuerpo humano, ahora sólo eres una proyección de tus recuerdos.

—No puedo creerlo, en verdad no puedo... ¡apenas iba empezando mi vida! Si todo lo que dice la identificación es cierto, entonces morí de 36 años.

—Muchacho, el tiempo aquí no existe, si mueres de 36 o 95 años es completamente irrelevante. Lo mejor que podrías hacer es solucionar aquello que te ata a este plano y te vayas.

Ambos continuaron el viaje en silencio. Randy veía a través de la ventana el paisaje boscoso que después se transformó en una ciudad. Mientras recargaba su rostro en el vidrio, se sintió diferente, no estaba seguro por qué, pero sabía que algo no estaba bien.

Entraron a una zona residencial, y de repente todo a su alrededor parecía familiar. Casas que había visto en repetidas ocasiones, calles que recordaba haber caminado y parques en donde había jugado. El conductor dio vuelta a la derecha. «Los Fresnos», decía el letrero de la esquina. Avanzaron unos metros hasta llegar a la mitad de la calle; de lado izquierdo había una casa blanca con un número pintado en color negro, 823.

—Te deseo la mejor de las suertes, espero que del otro lado de la puerta encuentres realmente lo que estás buscando.

Randy salió del taxi, caminó hacia la ventana del piloto y sacó el dinero que había encontrado en su billetera. El conductor soltó una gran carcajada que se extinguió junto al ensordecedor rechinado de llantas. Randy espero a perder de vista al taxista para cruzar la calle. Un par de recuerdos borrosos atacaron su mente y una pequeña sonrisa se dibujó en su rostro. Llegó a la puerta mucho más calmado y se echó a reír, «no puedo estar muerto, seguramente fui víctima de una pésima broma», pensó al imaginar su desaliñado aspecto después del accidente. Lo poco que podía ver de su atuendo, no pintaba nada bien, su ropa estaba cubierta de tierra y tenía algunas manchas de sangre en la camisa.

Uno de sus zapatos desapareció en el bosque y podía adivinar que su cabello estaba hecho un desastre. Abrió la puerta y entró a la casa. El recibidor estaba en penumbras y no encontraba el interruptor. Buscó a tientas por la pared que tenía a mano derecha, pero no encontró nada. Caminó hacia la pared contraria y antes de llegar, todas las luces se encendieron al momento. Sintió un escalofrío y su respiración se entrecortaba. «Seguramente hay alguien más en la casa», concluyó inseguro.

—¿Hola? ¿quién anda ahí? —gritó hacia el pasillo. No hubo respuesta. Volvió a preguntar, pero el resultado fue el mismo. Reinaba el silencio. Recorrió el pasillo principal que conducía a las escaleras. Un vago recuerdo de su infancia cruzó fugazmente al poner un pie en el primer escalón, aún era borroso, pero la sensación era de nostalgia. Volteó a su alrededor y una serie de cuadros aparecieron en las paredes que custodiaban la escalera; se acercó inseguro al primero. Era una fotografía de dos niños cargando un perro. Estaba seguro de que el niño más alto era él, reconocía sus facciones, pero no su expresión, de nuevo aparecía con una gran sonrisa, tanto que parecía fingida. Las demás fotografías eran similares, lo único que cambiaba era la época: sus primeros años, la adolescencia y la última fotografía era él acompañado de una mujer vestida de novia. En todas aparecía con la misma sonrisa fingida, incluso llegó a pensar que realmente no era él. Al llegar al último escalón, entre el umbral del primer y segundo piso, sintió mucha angustia y miedo. Frente a él había un pasillo con cuatro puertas, dos de lado izquierdo y dos de lado derecho. Caminó hasta encontrarse justo a la mitad del corredor, aunque no recordaba qué había detrás de cada puerta, la segunda de lado izquierdo lo atraía cual imán. Inseguro, decidió averiguar qué había del otro lado; sus manos temblaban mientras giraba la perilla, no sabía qué esperar, y mejor entró. Del otro lado existía una habitación común. Una cama, un armario y una televisión muy antigua adornaba el centro de la pared este. Se acercó a la cama y se sentó en el borde. Todo era muy familiar, tenía la sensación de haber pasado mucho tiempo en ese ahí, aunque no tenía recuerdo alguno que confirmara su teoría.

Clavó la mirada en el piso, tratando de comprender qué sucedía.

—Tal vez sí estoy muerto... —susurró.

Levantó la vista hacia el televisor y notó algo extraño: no había un reflejo suyo. Podía ver toda la habitación como un espejo en la pantalla, pero él no estaba. Se acercó hasta que su rostro rozó la televisión, pero el resultado fue el mismo. Aterrado, salió de la habitación y abrió las demás puertas en busca de un espejo. Las primeras dos habitaciones eran prácticamente iguales a la primera, hasta que llegó a la tercera puerta: era el baño. Encaró al espejo con valentía, sólo para encontrar su mayor miedo: desaparecer. Vio al miedo a los ojos y a su vez no vio nada, lo que más temía estaba ahí observándolo y no podía verlo.

Bajó la mirada para confirmar si aún tenía cuerpo, podía ver sus manos, piernas y pies, pero no su reflejo. «Me convertí en el lado oscuro de la luna», pensaba mientras sollozaba hasta desplomarse en el suelo. Golpeó todo lo que estaba a su alcance y no sintió dolor.

«Dejarás de sentir», recordó amargamente las palabras del conductor.

—Toda mi vida tuve miedo de que la gente viera quién soy y ahora no sé quién soy ni puedo verme— se dijo a sí mismo mientras observaba sus manos llagasas.

Clavó la mirada en un rincón y se esforzó en recordar todo lo que había vivido a lo largo de su vida. «Antes de la luz, nada», pensó. Permaneció sentado en el piso del baño sin poder

recordar, inerte durante una eternidad indefinida. Le aterraba la idea de ponerse de pie y encontrarse de nuevo con él mismo, aunque no estuviera ahí.

—¿Cómo sabes que no estás ahí si ni siquiera sabes quién eres? —susurró tratando de convencerse.

Nuevamente encaró el espejo. No había reflejo, sólo el vacío. El miedo ya era el eterno compañero de Randy; después de una eternidad, no le interesaba enfrentarlo, quizá porque no quería o simplemente porque no sabía cómo hacerlo. Tomó una decisión, si debía solucionar algo en vida, debía regresar a la vida y quizá la mejor manera de hacerlo era de la misma forma en la que llegó a ese lugar: muriendo. Recordó que en la

habitación principal había una ventana con la altura suficiente para aventarse. Antes de abandonar el baño, echó un vistazo en el espejo buscando su reflejo. Nada. Su desesperación era tan grande que comenzó a reír cual lunático. Lo que sucedía era tan ilógico e irónico que merecía el premio a la más grande tragicomedia de todos los tiempos, volteó de nuevo al espejo, pero esta vez lo hizo esperando no encontrarse. Y entonces todo cambió. Ahí frente a él, reflejado en un viejo espejo con una gran sonrisa dibujada en su rostro, vio a un hombre que jamás había visto pero que conocía a la perfección. No pudo contener las lágrimas de felicidad al ver esa expresión por primera vez, era la primera vez que había visto su verdadera sonrisa y más bello aún, era la primera vez que sonreía para él.

—Randy... — susurró mientras un gran rayo de luz iluminaba la habitación.

---

### **Andrea Pancrásia,**

seudónimo con el que cobran vida mi pluma y tintero. Residente del estado de Michoacán, México.

La literatura para mí ha sido una amable compañera durante muchos años, antes pasaba tardes enteras devorando libros y ahora dedico mi tiempo a escribir, aunque tampoco he renunciado a la lectura. Mis pasatiempos son la música y la fotografía, aunque también disfruto de una buena película y una ocasional visita al cine. Publico mis historias en mi blog: <https://panquiemc.wordpress.com>

Instagram : panquiemc



# LA VIDA POR DELANTE

---

por Jorge Cappa

Aunque estaba boca abajo y se iba acercando a las rocas de forma inapelable, era extrañamente capaz de identificar algunas de las imágenes que corrían a una enorme velocidad por su mente. Se encontró siendo el cruel testigo de cómo apenas un instante podía concentrar toda una vida. Y fascinado, amargamente sorprendido, comprendió que esa sucesión de secuencias, tan luminosa y precisa, no podía ser otra cosa que una revelación.

Aquella era una destemplada y lluviosa mañana de octubre y, por eso, tras salir del pueblo a Ramón le costaba caminar mientras cruzaba el puente, arrastrando con su mano derecha una maleta con ruedas y con la izquierda sosteniendo el paraguas negro que le había dado su madre un rato antes. Al final de ese puente de amplia calzada y barandillas marrones le esperaba a la derecha una parada de autobuses casi vacía, desde donde saldría hacia el aeropuerto un rato después. Al fin se había decidido a viajar a Glasgow, ciudad en la que vivía su novia. No tenía billete de vuelta.

Su paso resultaba demasiado lento y las gotas de lluvia que encharcaban el suelo y golpeaban contra su paraguas eran constantes y molestas. Aún a lo lejos, un camión grande acababa de dejar atrás la autopista y encaraba el puente con la intención de llegar hasta el pueblo y dejar los pedidos en el restaurante que había a la entrada. José Manuel, su conductor, estaba ofuscado buscando señal en el aparato de radio.

A pesar de ser una mañana oscura, para Ramón era un día soleado, tanto que sentía que su sonrisa iluminaba todo el pueblo. En apenas unas horas iba a empezar una nueva vida y tenía tantas ganas que la incertidumbre que acompañaba a su nuevo rumbo para él sólo estaba cubierta de esperanza.

Llevaba un poco más de un año saliendo con Elizabeth, desde que la conoció en Escocia cuando fue a estudiar inglés en verano. Apenas tres días después de estar juntos supo que aquella chica bajita y pecosa sería su mujer. Lo que le enamoró fue su entrecortada forma de reírse, ese contagioso optimismo que le llenó de luz después de mucho tiempo de penumbra. Y antes de que acabase aquel verano se prometieron que nada les apartaría desde entonces, ni siquiera la distancia.

Tras unos meses hablándolo con Elizabeth, tomó la decisión de dejar su trabajo, a su familia y a su pueblo, para viajar a Glasgow y empezar a vivir ese futuro juntos con el que tanto habían soñado. Allí buscaría trabajo como fotógrafo. Ya tenía programada una entrevista para la semana siguiente y estaba a la espera de confirmar dos más.

Ramón ya había cruzado la mitad del puente y estaba tarareando bajito una canción de los Beatles cuando el destino, casi siempre cumplidor, esta vez se acababa de olvidar de aquella gaviota que, debiendo haber caído segundos antes al suelo, inexplicablemente voló desorientada un poco más y fue a estrellarse contra la ventana frontal del camión de José Manuel, quien se asustó y dio un brusco volantazo hacia su izquierda. El camión se deslizó por el suelo mojado y perdió el control. Se salió de su carril y cruzó la carretera en diagonal hasta que llegó a la acera. Fue todo tan rápido que no pudo frenar y el camión chocó a Ramón de frente, quien apenas lo pudo ver venir antes de tenerlo encima. El impacto fue tan fuerte que empujó instantáneamente a Ramón hacia atrás, saliendo expulsado por encima de la barandilla. La maleta chocó contra el suelo, el paraguas voló hacia arriba y él, definitivamente, cayó hacia el abismo. Fue entonces cuando, suspendido en el aire y luchando contra lo ya inevitable, descubrió que no era la vida que uno ha vivido lo que pasa por la mente segundos antes de morir, sino lo que uno se habría encontrado en caso de haber seguido viviendo.

Mientras se acercaba a las rocas, la cabeza de Ramón se llenó de imágenes nítidas y llenas de colores. Miraba la pista de despegue por la ventanilla desde su asiento en el avión y se quedaba a vivir con Elizabeth en Glasgow, donde reían juntos mientras paseaban por una calle estrecha y comían tarta de manzana sentados en el suelo de su salón y tenían una bebé rubia preciosa que se hacía mayor mientras él cambiaba el cartel de la entrada a su estudio de fotografía y arrojaba a su mujer en la cama con una manta roja y se ajustaba la corbata en la boda de su hija y miraba un jardín desde un amplio ventanal de su clase como profesor de universidad y estaba sentado en un sofá marrón donde le leía cuentos a sus nietos y... cerró los ojos y quiso quedarse a vivir en aquellas imágenes, eternamente.



---

**Jorge Cappa** (Madrid, España, 1979) es escritor.

Licenciado en Sociología por la Universidad Complutense de Madrid. Máster en gestión cultural en la Universidad Carlos III de Madrid.

Su primer libro se tituló `Sueños en el aire´ (Chiado Editorial, 2017) y está compuesto por poemas y letras de canciones.

Su segundo libro, también de poesía, se titula `Lumbre de marfil´ (Ediciones Seshat, 2022).

Además, también escribe cuentos, microrrelatos y haikús.

Más de 90 de sus textos literarios han sido premiados, galardonados o seleccionados en certámenes y convocatorias de once países.

Textos suyos han sido publicados en una treintena de revistas culturales de nueve países.

Su página de escritor en facebook es: <https://www.facebook.com/cappajorge> .



# EL BOLERO DE CARMEN

---

Ari Guzmán

Era la media mañana de noviembre y en el quiosco del parque “Los Olvidos” el joven bolero esperaba, sentado en su banquito, la aparición de la misteriosa mujer o la llegada de un cliente. Sostenía un farito con los labios mientras revisaba las noticias rojas de El gráfico. No sabía por qué le fascinaban aquellas historias de muerte y asesinatos narradas en tono melodramático. Sus manos grasegras le daban la vuelta a la página y fue en ese momento cuando la vio pasar. Es ella, hoy sí le hablaré. Es él, si no me habla lo haré yo. El bolero sintió la falta de aire —que no era por el humo del cigarro— supo que quería perderse, olvidarse de sí para hallarse en medio de tan impresionante belleza. No sé qué le gustaba más de ella: si su cabello suelto al viento o el lunar cerca de la boca o el contoneo hechizante de sus caderas, pues sus pasos eran tan lentos que hasta pudo imaginar la delicadeza de sus pies ocultos en los zapatos negros.

Le dio las tres al cigarro y al sacar el humo por la nariz, lo tiró y lo pisó. Dobló el periódico, guardó sus herramientas de trabajo en el cajón y la siguió a distancia: dos cuerdas más allá del parque hasta llegar al Convento de las Carmelitas Descalzas y justo al doblar la esquina, ella entró a la cafetería “Murmulllos”. Durante el trayecto, el bolero sólo se dejó guiar por las caderas y el cabello de su amada.

A través del cristal de los “Murmulllos” la vio sentada con su soledad. El mesero se acercó a tomarle la orden. ¡Qué hermosa es! Su rostro blanco y limpio de maquillaje dejaba al descubierto sus labios gruesos. Cuando ella volteó en dirección al bolero, éste pudo deleitarse con el lunar a la Marilyn Monroe que la hacía ver aún más bella. El lunar lo atrajo con la fuerza de un agujero negro, pues cuando se dio cuenta ya estaba dentro del café y era observado por los parroquianos, mas no por ella, quien ya miraba la carta.

El bolero dirigió sus pasos nerviosos rumbo a ella. ¿Qué le digo?

Ahí viene, se dijo ella.

— ¿Una boleada, señorita?

— No puede estar aquí, retírese, por favor —dijo el mesero.

— Sólo deje que limpie mis zapatos, después se irá, ¿sí? Y tráigame... un té caliente... de azahar, por favor — respondió ella con una de esas sonrisas que pondría a dudar a un Dios.

El mesero aceptó y se retiró, mirando con desdén al bolero.

Ella le sonrió al bolero de manera distinta, como si le dijera estamos solos, ahora somos cómplices, dime lo que quieras, quiero escucharte, o al menos eso fue lo que él suponía que ella pensó y estaba en lo cierto. Él agachó la mirada y se sentó en el banquito, abrió el cajón y sacó la crema negra, el cepillo, un trapo ni gris ni negro y se dispuso a bolear los zapatos ¿lustrados? ¿Están limpios! El mesero regresó con la bebida humeante. La colocó en cuidado y se retiró. ¿Por qué aceptó a que los limpie? ¿Sentirá lo mismo que yo? Ella esperaba una plática con aquel joven a quien había visto días atrás en el parque, pero el bolero trabajó ilusionado, nervioso mientras se atragantaban las palabras sentimentales que sentía por ella. Tal vez no halló ninguna porque sin darse cuenta había terminado. ¿Por qué los hombres que de verdad me importan no me hablan? Y dio un sorbo a la taza, sus labios se juntaron como en un beso. Yo le hablaré.

— Los zapatos no pueden estar más brillosos, joven.

— ¿Perdón?, es verdad, tiene razón, disculpe.

— ¿Cuánto le debo?

— \$25... No. Nada...

— ¿Cómo?

— Nada señorita, fue un placer... ¡Señorita! ¿Cómo se llama?

— Carmen. Por fin me va hablar. Y...

Entonces él sintió ahogarse de confusos sentimientos y guardó sus cosas con torpeza, pero rápido, tan rápido y tan torpe que no supo que Carmen quería conocer el suyo. El bolero se levantó y se fue. Ella trató de detenerlo, lo siguió, pero él tropezaba con las mesas, empujó a un cliente y chocó con otro al salir de los "Murmillos". Ya afuera echó a correr despavorido. Él corría, gritaba y cantaba una canción que sólo decía Carmen, Carmen, Carmen. Carmen salió detrás de él y...

Llegó a la vecindad y subió corriendo las escaleras. Abrió la puerta de su cuarto de azotea, dejó sus cosas y con el corazón rebotando en su pecho dio unos pasos lentos hacia la pared del fondo, en la que colgaba el cuadro de San Valentín. Se postró ante el santo y con los brazos abierto le agradeció el milagro.

Esa noche no pudo dormir, la ilusión de verla mañana en el parque hacía que las horas fueran interminables. Lo tenía todo planeado: la esperaría con sus mejores ropas y la invitaría al cine y por la tarde la llevaría a la kermés de la Iglesia, comerían buñuelos con jarabe de piloncillo, la acompañaría a su casa y antes de despedirse le pediría si quiere ser su novia. Ella diría que sí y se besarían con un beso temblorosamente dulce, tierno...

Al día siguiente el bolero salió de casa vestido con su ropa de domingo. En la esquina compró El gráfico y lo puso bajo el brazo. Llegó al parque y se dispuso a esperarla en el mismo lugar en que la había visto tantas veces. Ya casi se acercaba la hora en que ella aparecería... Ya era la hora... ¿Dónde está? Comenzaba el rito de la espera, de la incertidumbre. Fue entonces que abrió el periódico en la página 10... la fotografía del cadáver de una mujer con un lunar en el rostro. El cuerpo del bolero comenzó a transpirar y su corazón se detuvo un instante. Sus ojos se negaron a seguir leyendo después de la primera frase: "afuera del café Murmullos, un auto..." El bolero soltó el periódico y éste cayó deshojándose sobre sus zapatos lustrosos.

---

### **Ari Guzmán**

Escritor. Asesor literario. Doctor en Humanidades (teoría literaria). Docente en la UNAM y en la Universidad Anáhuac. Músico aficionado.



# LAS AVENTURAS DE LA GATA CHRISTIE

---

por Alejandro Ordóñez

La reunión fue espléndida, Caruso hizo gala de su estupenda voz de tenor y yo lucí esa tesitura de soprano que me ha llevado a ser considerada la gran diva del reino. Bailamos y cantamos, estábamos tan alegres que nos llegó la madrugada sin darnos cuenta; Caruso y yo cerramos nuestras aplaudidas actuaciones cantando a dúo algunas de las arias que nos han dado fama y si dimos por concluida la función fue porque en ese momento se abrieron varias ventanas de las que salieron volando zapatos y otras vulgaridades, acompañadas de airados gritos de gente maleducada y poco sensible al arte; ante tales agresiones y muestras de incivilidad decidimos retirarnos, pero antes de hacerlo lanzamos un estridente miau que se habrá escuchado en todo el vecindario, además, eso me permitió regresar a la mansión antes de que me ganara la claridad de la mañana, algo que la condesa Abby y yo cuidamos en extremo, volver al hogar antes de que los sirvientes se levanten porque ya se sabe, la gente empieza a murmurar y le hacen a una, fama de libertina. Al sentir mi presencia, Abby me cubrió con el edredón y sin preguntar dónde andaba, me abrazó y se volvió a dormir.

Era tarde cuando me despertó la algarabía del personal de servicio. Se formaban junto a la escalinata que da acceso a la mansión, para dar la bienvenida a lady Margaret, gran dama de la reina y persona muy querida por su alteza, la acompañaba la señorita Adele, secretaria, ayuda de cámara y confidente de nuestra ilustre huésped.

El personal, con uniformes impecables, se deshacía en caravanas y Charles, el mayordomo, ordenaba llevaran los equipajes a los aposentos asignados. Me acerqué; al descubrirme lady Margaret dio muestras de gran contento, se agachó, me cargó con delicadeza y me cubrió con mimos y besos. Qué linda estás, me dijo, cada día más bonita, la gata Christie, la hermosa gata Christie; yo, en agradecimiento a su cariño besé sus mejillas y ronroneé amorosa. Estuvieron solas el resto del día, sólo las acompañé, como marca la etiqueta, a la hora del té. Ellas, English Breakfast Tea; yo, leche, servidos en vajilla de porcelana para ellas y en pulido plato de latón, para mí. Ya en la noche, frente al calor de la chimenea, lady Margaret fue desgranando los chismes y las comidillas de la corte, pero antes cerró la puerta para que nadie escuchara lo que iba a comentar porque era muy delicado y si se sabía que ella era la informante podría ocasionarle un severo disgusto con la reina. Abby contestó cariñosa, pierde cuidado Margaret, aquí sólo estamos tú, Christie y yo. Bueno, contestó lady, pero tú no hablas, ¿verdad? No Margaret, sí habla pero es muy discreta, pierde cuidado. Ella volteó a verme, yo asentí con la cabeza. ¿De veras? Miau, contesté melosa. Es que nadie sabía que la condesa, a diferencia de las mujeres de la nobleza, tenía un trabajo que le dejaba jugosos ingresos, escribía notas cuya exclusividad se peleaban el Daily Mail y The Guardian, ya que los días de su publicación agotaban el tiraje. En ellas desnudaba a los amantes, delataba a los adúlteros y mil linduras más, todo ello publicado en su famosa columna: "Las aventuras de la gata Christie". Por supuesto, tenía informantes, como lady Margaret, que la ponían al tanto de los sucesos. Se suponía que su alteza no estaba enterada, pero a lady Margaret, entre chanza y risa, después de varias copas de vino y de cremas de licores a los que era muy afecta, le ganaba la franqueza y se permitía insinuar que no sólo estaba enterada, le divertía y aprovechaba para fustigar a los que en su opinión merecían el escarnio público, pero no le correspondía a ella, en su soberana potestad, exhibirlos. Tales sospechas se fortalecieron al fin de un acto oficial cuando su majestad caminó

frente a sus súbditos: ellas sonreían tímidas y hacían graciosas caravanas, ellos se inclinaban en señal de reverencia; la reina respondía con discretas sonrisas, pero al llegar frente a la condesa Abby detuvo su marcha, se acercó y en tono muy bajo preguntó: ¿Cómo está la gata? Se llama Christie, ¿verdad? Hizo un gesto cómplice e impertérrita siguió su camino, ante el desconcierto de Abby que sentía cómo le temblaban las piernas, se le agolpaban las emociones y sus mejillas sonrosadas la delataban.

Al día siguiente llegó el barón Durham acompañado por su esposa. Era un hombre que aparentaba más edad debido a fuerte asma agravada por el tabaquismo, prohibido por el médico; su esposa lo vigilaba y reprendía cuando lo sorprendía infraganti. Su mal se acentuaba por las noches y fue la causa de la separación de sus habitaciones. La baronesa era en verdad desagradable y tal vez por provenir de una de las familias más ricas del reino, no aceptaba que sus circunstancias habían cambiado y cada día era más pobre, para disimularlo hacía gala de las valiosas alhajas que heredó de su abuela y bisabuela, viajaba con una colección de ellas y las cambiaba, junto con su atuendo, por lo menos dos veces al día. Su voz estridente y risa majadera provocaban que los invitaran pocas veces a los banquetes oficiales y cuando eso ocurría eran sentados al otro extremo de la mesa; sin embargo, aportaba información valiosa y por eso Abby la toleraba. Para la cena lució su mejor ajuar y algunas de sus valiosas joyas, los pendientes se agitaban al viento y lanzaban destellos cada que su dueña movía la cabeza, la gargantilla, pulsera y anillos, con enormes brillantes y esmeraldas traídas de Cartagena de Indias, regalo de la reina madre, a su abuela. Esa noche insistió que Abby tocara al piano mientras ella cantaba. La voz descuadrada, tipluda y desafinada era una ofensa para el buen gusto. Al terminar la reunión fue auxiliada por la señorita Agnes, una joven mucama recién contratada, quien la llevó a su habitación, la ayudó a desvestirse y a ponerse la ropa de dormir.

Al otro día ocurrió algo inusitado, al guardar sus alhajas la baronesa notó que faltaba uno de los valiosos pendientes usados la tarde anterior, preguntó a Agnes, pero ella aseguró no haber tocado el cofre donde la mujer guardaba sus tesoros y las alhajas que le quitó quedaron sobre el tocador, donde la baronesa los halló. Lo buscaron por toda la recámara, la señora llamó a Charles, le explicó la situación, movieron los muebles, revisaron hasta el último rincón y nada. Las evidencias eran claras para la baronesa, Agnes se aprovechó de su borrachera, robó el pendiente, confiada de que al día siguiente partiría y para cuando se diera cuenta estaría lejos. Abby volteó a verme, querida, ¿podrías hacerte cargo? Miau, contesté y, contoneándome, me fui hacia las habitaciones. La bruja insistía en llamar a la policía, pero la condesa se resistía al pensar en el desprestigio que caería sobre su casa si esa noticia caía en manos de la prensa. Pidió un día para investigar. Nos reunió en la biblioteca y empezó el interrogatorio. La baronesa cayó como fulminada cuando Agnes la acostó y no recordaba ni cómo había llegado a la habitación. El barón Durham aseguró haberse encerrado en su cuarto de donde salió hasta la mañana siguiente. Lady Margaret también permaneció en el dormitorio, aunque afirmó haber escuchado discretas pisadas por el pasillo, pero no les dio importancia y siguió escribiendo una carta. Llamaron a Charles, el mayordomo, quien estaba molesto consigo mismo y apenado con su señora. Pidió permiso para interrogar a los empleados, Abby lo autorizó. Nosotros aguardamos en la biblioteca, para un olfato tan fino como el mío resultaba molesto el desagradable olor a tabaco que destilaba el asmático, que luchaba sin recato por arrojar una flema, qué asco. Aproveché la pausa, fui al jardín, hallé a Sombra, mi fiel informante, le expliqué lo que ocurría y le pedí investigara con los demás mininos si sabían algo al respecto.

Regresé a la biblioteca cuando lo hacía Charles. Mi señora, dijo, tengo algo grave que comentar, me temo que no le va a gustar. Durante la cena el personal permaneció sin salir de la cocina, todos menos Agnes, quien se levantó con alguna excusa y se ausentó por media hora. Terminada la cena se retiraron a sus habitaciones; sólo las señoritas Agnes, Adele y yo, aguardamos hasta el fin de la velada, por si algo se ofrecía y para atender a sus amas; al sonar la campanilla fui con la señorita Agnes a la biblioteca y la señorita Adele se dirigió a las habitaciones de lady Margaret para preparar la ropa de dormir. En conclusión, mi señora -añadió-, no tengo duda, la señorita Agnes aprovechó el tiempo que estuvo fuera para cometer el robo; por tanto, pido autorización para llamar a la policía, que la interroguen y diga dónde está el pendiente. Abby volteó a verme, negué con la cabeza y lancé un gruñido que pasó desapercibido para todos, menos para ella, quien se apresuró a contestar: de ninguna manera, Charles, traiga a la señorita Agnes, yo seré quien platique con ella.

Venía francamente asustada, temí que se nos desmayara. Abby volteó a verme, moví mi cuerpo para que captara el mensaje. Lo hizo. Intentó tranquilizarla, le preguntó por qué se había ausentado durante la cena. Una Agnes tartamudeante explicó -ruborizada-, padecer severa constipación estomacal que la obligó a quedarse sin probar bocado y salir corriendo. Charles asintió con la cabeza. Llegó la hora del té, se declaró un receso. Salí al jardín, me aguardaba Sombra, traía novedades: un minino aseguró que a la hora de la cena Tom, el hijo del jardinero, abandonó la casa que habitan al fondo de los jardines, pasada media hora regresó. Lucía feliz, traía un valioso tesoro, un broche con los que las mujeres sujetan su cabellera. Llamó a Allan quien lo traía en el hocico. Los felicité por su celo y diligencia, por parecerme que habíamos llegado demasiado lejos ordené la devolución del broche al sitio en que lo habían hallado. Llamé a Sombra, le di una orden: reúne a los muchachos, diles que busquen señales que lleven al sitio al que se dirigió Tom cuando abandonó la casa, tal vez queden rastros de su olor o impresas en el lodo las huellas de sus botas, andando.

Reanudamos la sesión. Charles volvió intempestivamente a la biblioteca, en su mirada había desconcierto, ira, vergüenza. Tosió para llamar la atención de la condesa. Su señoría, Jack, el ayudante de cocina recién contratado, ignorando las reglas que rigen en esta casa dice tener información valiosa pero sólo se la comentará a usted, de otra manera guardará silencio. No te alteres, Charles, es apenas un muchacho, ya irá aprendiendo, tráelo. Mi señora, dijo Jack, trastabillante, boina detenida fuertemente con las dos manos, anoche me percaté que algo extraño ocurría y debe usted saber. Antes de retirarme a descansar debo revisar que no haya traste sucio, algo fuera de su sitio o lámpara prendida, así que soy el último en ir a dormir. Anoche, cuando la casa estaba en silencio y apagada la última luz, vi lo que creí sería un fantasma vagando por los pasillos, me oculté temeroso, descubrí que era el barón Durham, que caminaba sigiloso hacia la habitación de lady Margaret... No pudo terminar de hablar, un grito destemplado y una discreta exclamación de sorpresa se escucharon en el recinto. ¡Bribón!, se oyó el aullido desgarrador de la baronesa, otra vez en las andadas, ésta no te la perdono, engañarme con esta basura. Lady Margaret dio un brinco, pero recuperó la compostura, al instante. Mire señora, respondió, jamás he andado con el marido de nadie y aquí la única que merece ese apelativo es usted, exijo una disculpa de inmediato. ¿Disculpa, dijo usted, disculpa después de que se revolcó en la cama con mi marido? Señora, no suelo tener relaciones con ancianos malolientes, llenos de mucosidades y flemas. El barón saltó ofendido, dispuesto a protestar con vehemencia, pero al ver la jeta de su mujer se quiso morir. Corrió hacia ella, la bruja lo rechazó, al tratar de alejarlo perdió el equilibrio y cayó, perdió el sentido. La condesa tocaba insistente la campanilla, el mayordomo no aparecía. Recuperado el aplomo dijo, ceremoniosa: apreciado Charles, tengo la impresión de que la baronesa se desvaneció, agradecería fuera por alcohol, algodones y sales de amoníaco para hacerla volver en sí.

Aproveché la pausa, salí en busca de Sombra. Traía buenas noticias, habían peinado el camino que va de la casa del jardinero a la mansión y recorrido palmo a palmo el derredor, me pidió lo siguiera. Frente a la ventana de las habitaciones de lady Margaret estaba la huella de la bota del casi niño Thomas, a su lado otra evidencia que pasó desapercibida a mis muchachos, pero no quise llamarles la atención, habían hecho un excelente trabajo. El diminuto tamaño de la huella y su posición no dejaban dudas. Se introdujo por la ventana y se reunió con la dueña del broche de cabello -que para entonces iba de regreso al lugar del que lo sustrajimos-. Era evidente, ese broche no pertenecía a lady Margaret, no correspondía a su clase social, ni a su edad. Debía ser de una joven, casi niña, casi niña como la señorita Agnes. No quise pensar mal pero si ambos se habían reunido era probable que el valioso pendiente se encontrara fuera de la mansión, digamos en casa del jardinero. Ordené a sombra: ve con los mininos, revisen la casa en busca de un pendiente con estas características. Un decidido ¡miau! fue su respuesta, los vi perderse por el jardín, corriendo a toda velocidad.

Fui a los cuartos de la servidumbre, me concentré en la búsqueda de un broche igual al del niño Tom. Hallé varios al lado de un espejo y de un cepillo que tenía algunos cabellos del largo y la coloración de la rubia cabellera de la señorita Agnes. Fui a las habitaciones que ocupaba lady Margaret, olí cada rincón, en especial la cama, levanté el edredón, percibí el suave aroma de las glándulas de lady Margaret, flotaba en el ambiente un tenue bouquet a rosas, pero del asqueroso y nauseabundo olor del barón Durham, no había rastro. Era imposible que escapara ese detalle a mi fino olfato, el viejillo no había estado en esa habitación. Fui al cuarto de la baronesa, lo revisé palmo a palmo, percibí un ligero brillo en la cortina, volví a la biblioteca, La condesa había logrado restablecer la calma, para ello convenció a la mujer de hacer una tregua con su viejillo, en aras de recuperar el valioso pendiente, ya tendrían tiempo para arreglar sus querellas. Lady Margaret tenía las mejillas rojas como jitomate, pero su formación en la corte le ayudaba a mantener la calma y las apariencias.

El improvisado jurado emitió su veredicto, la culpable era la señorita Agnes, llamarían a la policía y la denunciarían. Antes de hacerlo Abby volteó a verme, negué con la cabeza, ella captó el mensaje. Señalé la puerta con una pata. Aguarden -escuché-, Christie quiere decirnos algo. Entramos al aposento de la baronesa, señalé las cortinas, las abrieron y cerraron sin hallar algo digno de mencionar, pedí que las dejaran abiertas, me acerqué y con el hocico manipulé la tela hasta dejar al descubierto la parte posterior -la que da a la ventana-, con el movimiento, las piedras preciosas lanzaron destellos iridiscentes. Colgando, con el broche atorado en el grueso brocado, estaba el pendiente desaparecido, se escucharon exclamaciones de admiración y de sorpresa; llamé aparte a Abby, la llevé al jardín -justo bajo la ventana de la habitación de lady Margaret-, le enseñé mi hallazgo y volvimos a la biblioteca donde nos esperaban. Me parece, dijo la condesa, dirigiéndose a la baronesa, que fue usted quien perdió el pendiente, regresó cansada de la comida, antes de dormir la siesta empezó a quitarse las joyas, algo ocurrió en el jardín que llamó su atención, se acercó a ver, con los pendientes en la mano y no se percató que uno de ellos se enganchó en la tela, le debemos una disculpa a la señorita Agnes, y usted otras a lady Margaret por haber dudado de su honorabilidad y a su fiel esposo. Sígueme, dijo, salimos al jardín, al llegar bajo la ventana del cuarto de lady Margaret, removió la tierra, aparecieron las colillas de tres cigarros. Anoche, dijo la condesa, usted Durham, incapaz de soportar la necesidad de fumarse un cigarro abandonó su cuarto pues sabía que si fumaba ahí, el olor lo delataría y su esposa lo recriminaría, así que salió al jardín y no se conformó con un solo pitillo.

Las visitas se habían marchado, Abby agitó la campanilla, entró el mayordomo: su excelencia, qué hago con el aprendiz, desobedeció y su indiscreción puso en riesgo al matrimonio del barón Durham, ¿lo despido? De ninguna manera, Charles, dale como premio el importe de una semana de su pago y a la señorita Agnes el de dos semanas, yo me disculparé por haber dudado de ella.

Fui al cuarto de la señorita Agnes, tomé prestado un objeto, busqué a la joven en la recámara que ocupara lady Margaret, inició la plática como lo hace cuando estamos a solas. Dejé caer el broche que traía en el hocico, lo vio, lo recogió apenada. No es lo que estás pensando, no hicimos nada malo, me trajo un regalo, nos vimos aquí porque hacerlo en otro sitio era peligroso y podría dar lugar a que dudaran de mí. Cerré sus labios y la hice que me acompañara a su cuarto, en un florero estaba una hermosa y aromática rosa roja cuyo perfume percibí cuando entré a inspeccionar la habitación de lady Margaret. Me abrazó y besó. Lo sabías, dijo, y a pesar de ello guardaste silencio. ¿Cómo lo descubriste? La llevé al jardín -abajo de la ventana-, quité un pedrusco que había colocado para que nadie viera la pequeña huella de la bota del casi niño Thomas, la niña Agnes volvió a abrazarme y a cubrirme de besos, gracias -dijo-, salvaste mi honra.

---

### **Alejandro Ordóñez**

Autor de nueve novelas, tres de ellas históricas; la primera, llamada "Cábulas", fue editada por la editorial Plaza y Valdés y la más reciente, "Real de San Miguelito Arcángel", disponible en Amazon.com. Ha obtenido diversos premios de cuento y novela; escribió guiones para el programa televisivo "La hora marcada". Titular de una columna periodística en la que ha publicado cuentos, crónicas, artículos de opinión, análisis político y cultural, misma que se ha difundido por periódicos y revistas impresas, así como digitales; y editorialista en programas de radio. Actualmente colabora con la revista "Molino de Letras".

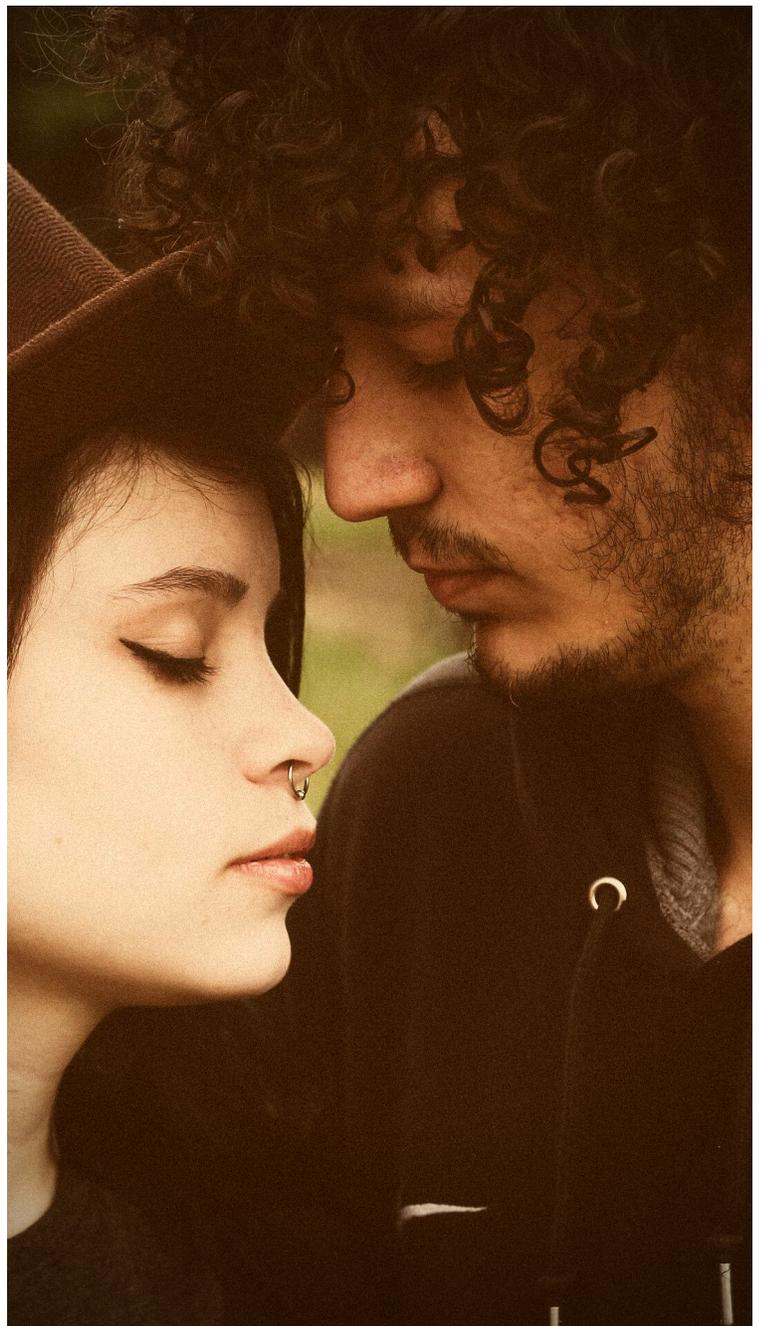
# LA INVASIÓN DE LAS ASÍNTOTAS

---

por Álvaro Sánchez Ortiz

El profesor de matemáticas nos enseñó el concepto de asíntota con la fábula de Aquiles y la tortuga. El héroe griego –al que entonces no imaginábamos con la figura de Brad Pitt–, nunca lograba alcanzar al lento animal, a pesar de que a cada paso se acercaba más y más a él, porque, aunque la distancia entre ellos se reducía cada vez más, nunca llegaba a ser inexistente. Un compañero a quien le entusiasman las matemáticas exclamó: “¡así fuera una trillonésima de milímetro siempre existiría una separación entre ellos!”. “Lo interesante –dijo el profesor, es que la experiencia nos demuestra que, de hecho, Aquiles sí alcanza a la tortuga”. Después explicó algo que no entendí y que terminaba: “la suma de infinitos términos puede ser finita”.

Desde que terminó el curso de geometría analítica del bachillerato no había vuelto a pensar en las asíntotas. No fue sino hasta que me enamoré de una compañera en la universidad cuando el concepto volvió a cruzar mi mente, pues me hallé a mí mismo en el frustrante papel del héroe griego: si bien ella platicaba conmigo y me sonreía, nunca llegábamos al punto de salir juntos más allá de la cafetería o de besarnos. Nuestro amor era una asíntota. Y yo sentía esa millonésima de milímetro de separación cuando íbamos al cine y sí veíamos la película.



Desde entonces odié las asíntotas, pero no me preocupé demasiado por ello. Creí, como lo hubiera hecho la mayoría, que no me toparía con esos retratos matemáticos de la frustración muy seguido. Para el caso, también odiaba la pancita, y sólo tenía que comerla cuando mi tía Dolores la preparaba, lo cual ocurría dos veces al año –tres, si las Chivas eran campeonas. Sé que es malo odiar, pero supuse que, si mis animadversiones se limitaban a la pancita, las Chivas y las asíntotas, no me convertiría en un amargado.

Grave error. Cuando cumplí treinta años me di cuenta de que no sólo mi vida sentimental presentaba ese comportamiento –para entonces ya era experto en ser el gran-amigo-que-nunca-será-el-novio–, sino que también mi carrera laboral mostraba esa tendencia: si bien cada vez ganaba más dinero, nunca parecía alcanzar la tierra prometida de las finanzas en la que se tiene dinero “para aventar pa’ arriba”, como diría mi tía Herminia.

Luego me di cuenta de las asíntotas colectivas de nuestra historia: la época en que estuvimos a punto de “administrar la abundancia”, la cual luego se alejó de manera exponencial y nos dejó una sensación más dolorosa que la que amargó a Humphrey Bogart cuando vio partir a Ingrid Bergman en Casablanca. También estaba la de hace unos años, cuando una de las facciones políticas mexicanas se quedó a una pizca de ocupar la silla más deseada del país. Y ni hablar de la Selección nacional.

Este delirio por las asíntotas me hizo temer por mi salud, así que acudí con un psicólogo. Me desilusionó un poco enterarme de que no había un nombre con referencias literarias griegas para lo que yo padecía –ni siquiera un término clínico tan pinchurriente como “asintotitis”–, y me decepcionó más el pasar casi toda mi primera sesión tratando de que el terapeuta entendiera lo que era una asíntota.

Abandoné la psicoterapia y empecé a alucinar que las asíntotas se me aparecían por todas partes: el transporte público parecía nunca llegar a su destino por más paradas que llevara recorridas, el día de pago daba la impresión de mantenerse siempre lejano, etcétera. Este tipo de paranoias matemáticas son muy cool cuando Darren Aronofsky las toma como motivo para una de sus películas, pero no cuando eres un ejemplar de la especie *Anónimus urbanus* por el que nadie se interesa.

Traté de vencer mi obsesión enfocando mi atención y mi esfuerzo en otras cosas: me saturé de trabajo hasta caer desplomado sobre mi escritorio, pero al despertar la boca me sabía a asíntota; intenté lo imposible al pretender que alguna de mis múltiples amigas-nunca-novias se animara conmigo, y lo único que conseguí fue quedarme solo; me inscribí en un gimnasio, pero me di cuenta de que también allí habían sentado sus reales mis enemigas, pues uno siempre está aunque sea un poquito por encima del peso que quisiera tener y está siempre un poco menos fornido de lo que desea; hasta ingresé a un club de poesía, el cual abandoné después de dos jornadas, cuando alguien leyó “Metamorfosis” de Luis G. Urbina y eso del “cautivo beso enamorado” que nunca logra alcanzar “aquella mano suave / de palidez de cirio, / de languidez de lirio, / de palpitar de ave”, y yo inmediatamente lo relacioné con aquellas detestables funciones matemáticas que se empeñaban en arruinar mi vida.

Sólo había una solución: los fármacos, no para acabar con mi vida, sino para evadirme de las asíntotas, que cada día parecían estar más cerca de asfixiarme, pero que, por su propia naturaleza, nunca lo lograrían, manteniéndome en un estado de tortura permanente. Investigué un poco en Internet –que es la mejor manera de obtener un diagnóstico errado y una prescripción absurda–, y compré unos tranquilizantes que me espantaron por partida doble: primero, por su precio; segundo, porque el resto que quedaba en mí de sensatez temblaba ante la idea de ingerir una sustancia que tenía más reacciones secundarias que un nuevo impuesto.

Sin embargo, cuando apareció en la pantalla una de esas voluptuosas actrices que suelen protagonizar las películas nocturnas de la televisión por cable y el espacio entre sus abundantes senos se me figuró una hipérbole, y vi cómo se trazaban en ella las asíntotas, tomé el frasco como si fuera un caballito de tequila y me aventé un puñado de pastillas en la boca. Las mastiqué, a pesar de su terrible sabor, y ya no alcancé a apagar el televisor.

Desperté en el hospital, a donde me habían llevado por la sobredosis a que me había sometido al tomar las pastillas. Lo primero que oí fue a un enfermero decir: “Y todavía el pendejo las masticó”. Luego se fueron y me levanté para ir a orinar. Noté que el hombre que estaba junto a mí dormía de una manera muy extraña: con los párpados a medio abrir y emitiendo un leve gemido, como si estuviera a punto de abrir los ojos y bostezar, pero sin llegar a hacerlo. Cuando llegué al sanitario, vi algo aún más extraño: un anciano orinaba interminablemente; tal vez había tomado demasiados diuréticos.

Nunca había estado en un hospital, así que cuando me di cuenta de que en un cuarto un paciente agonizaba, no resistí el morbo y entré para verlo. Sus familiares lloraban, los médicos se confirmaban unos a otros el diagnóstico, y el tipo jadeaba y se revolvía en su último lecho. Así transcurrió media hora, luego una, y fue entonces cuando entendí lo que había ocurrido.

Habermé sobredosificado fue el peor error que pude cometer. Me había sumergido en el mundo de la evasión y de la fantasía, sí, pero aquellos epítomes geométricos del sadismo habían aprovechado mi vulnerabilidad y lo habían invadido para convertir lo que yo había concebido como un dulce sueño en la más terrible de mis pesadillas. No había escapado de las asíntotas, sino que había ingresado a su mundo.

Se asemejaba a la normalidad, pero con la diferencia de que aquí todo estaba regido por asíntotas. El paciente de al lado estaba sumido en un eterno despertar que nunca llegaría a realizarse, el anciano nunca terminaría de orinar –siempre quedaría una trillonésima de gota por expulsar–, el hombre del cuarto nunca terminaría de agonizar.

Estaba aterrado.

Yo era el único que no estaba sometido a ese modo asíntótico de transcurrir del tiempo. En eso consistía la tortura que aquellos entes monstruosos habían diseñado para mí: tenía que contemplar su imperio, sin poder hacer nada para derrocarlo.

Sentí una compasión infinita por un hombre que leía plácidamente sentado en una banca del parque; el pobre nunca llegaría a saber en qué terminaba la novela que tanto interés le provocaba. Miré al cielo buscando clemencia, pero divisé un avión cuyos pasajeros siempre se quedarían a una distancia infinitesimal de ser recibidos con un dulce abrazo de bienvenida.

Si ya me sentía abrumado con la perspectiva de deambular eternamente por un mundo dominado por mis enemigas, mi desamparo se convirtió en desesperación cuando encontré un edificio muy moderno sólo para descubrir que era un hotel de paso en el que una de mis amigas siempre-estaré-cerca-pero-nunca-estaremos-juntos era sometida a un orgasmo interminable por un hombre que jamás había visto asíntotas.

Todavía con el extraño sonido de un orgasmo que se extiende hasta el infinito zumbándome en los oídos, caminé por las calles dando pisotones y con los puños cerrados. La ira me calentaba el cuello y hacía que me pulsaran las venas de la frente. Estaba harto. Había llegado al punto en el que estaba dispuesto a luchar. ¡Al diablo con toda la teoría matemática! Iba a tocar una asíntota, a cruzarla, a romperla. ¡Lo haría!... o moriría en el intento.

Tomé de la cintura a la primera mujer que se cruzó en mi camino y me incliné sobre ella para besarla. Ya saboreaba aquel beso interminable. Vencería a las asíntotas aprovechando su propia fuerza, como se hace en algunas artes marciales. Me burlaría de ellas.

En ese momento se reveló el grado de crueldad del que eran capaces aquellas lobas infernales disfrazadas con piel de ovejas matemáticas. No lograba besar a la mujer. Mis labios se acercaban a los suyos, pero siempre estaba a una cierta distancia de su rostro –una distancia cada vez más pequeña, pero nunca nula. Bien podía pasármela cien años en esta maniobra, el beso nunca llegaría.

Solté a la mujer. Grité. Lloré.

Si tan solo las asíntotas tuvieran un poquito de piedad, permitirían que me ahorcara. Pero bien sabía yo que eran capaces de aplicarme el comportamiento asíntótico. Y si la perspectiva de una vida desperdiciada en un beso que nunca se consumaría era terrible, resultaba aún peor la de una asfixia extendiéndose por años o tal vez siglos.

Me sentía sumido en la peor de las desesperaciones. Andaba por inercia. "Newton, ése sí que era un buen tipo, con su universo ordenado y armónico como sinfonía de Haydn, con Dios disfrazado de relojero bávaro, gordito y con tirantes, contemplándolo todo con una mirada bonachona desde su banco, levantándose de vez en cuando para ajustar el mecanismo y gozando del tarro de cerveza más glorioso que se pudiera concebir".

No sé cuánto anduve antes de darme cuenta de que la prisión de pesadilla en que me hallaba era un valle, y que había alcanzado la cima de una de las colinas que lo rodeaban. De hecho, al mirar hacia el exterior, caí en la cuenta de que se trataba de una isla voladora, bajo la cual se extendía un abismo tan inmenso como mi desolación.

Se había hecho de noche y, ante la perspectiva de una tiniebla inacabable, anhelé con cada átomo de mi ser no existir. Ningún ser humano se merecía tal suplicio. Y menos yo, que sólo odiaba a las asíntotas porque me recordaban mi mala suerte con las mujeres.

Me acosté boca abajo sobre la hierba. No cerré los ojos, no hacía falta; era una noche sin luna y no podía ver nada. Quería extinguirme, desintegrarme, alcanzar el estado de reposo total. Rogaba a la ley de la entropía que tuviera piedad y terminara conmigo, pero fue inútil: seguía existiendo, y mañana las malditas asíntotas se divertirían torturándome de nuevas maneras.

Noté un ligero cambio en el tono de la negrura casi total que me rodeaba. Estuve en tensión durante largos minutos hasta que vino otro aumento, igual de sutil. Sí, amanecía.

Sólo una vez en mi vida había contemplado el amanecer: la noche en que caí en la cuenta de que era joven. Sucedió al inicio del bachillerato, antes de encontrarme con las asíntotas. Al salir de la ducha nocturna, había contemplado mi cuerpo en el espejo y me había dado cuenta de que era esbelto, de que mis brazos y mi sexo eran ya los de un hombre, de que respiraba vitalidad, de que mis manos estaban listas para transformar la materia o para abrazar a una mujer –mis compañeras eran mujeres, ya no niñas–, y en mi mente se habían disipado las tinieblas infantiles; sentía bullir en mis brazos, en mi sexo y en mi mente la potencia suficiente para lograr lo que fuera: sacar al hermano del fango, desprender las estrellas, engendrar descendencia. Sin que nadie me viera, había subido a la azotea de madrugada para contemplar el amanecer: la aurora de un mundo en el que un hombre más había surgido.

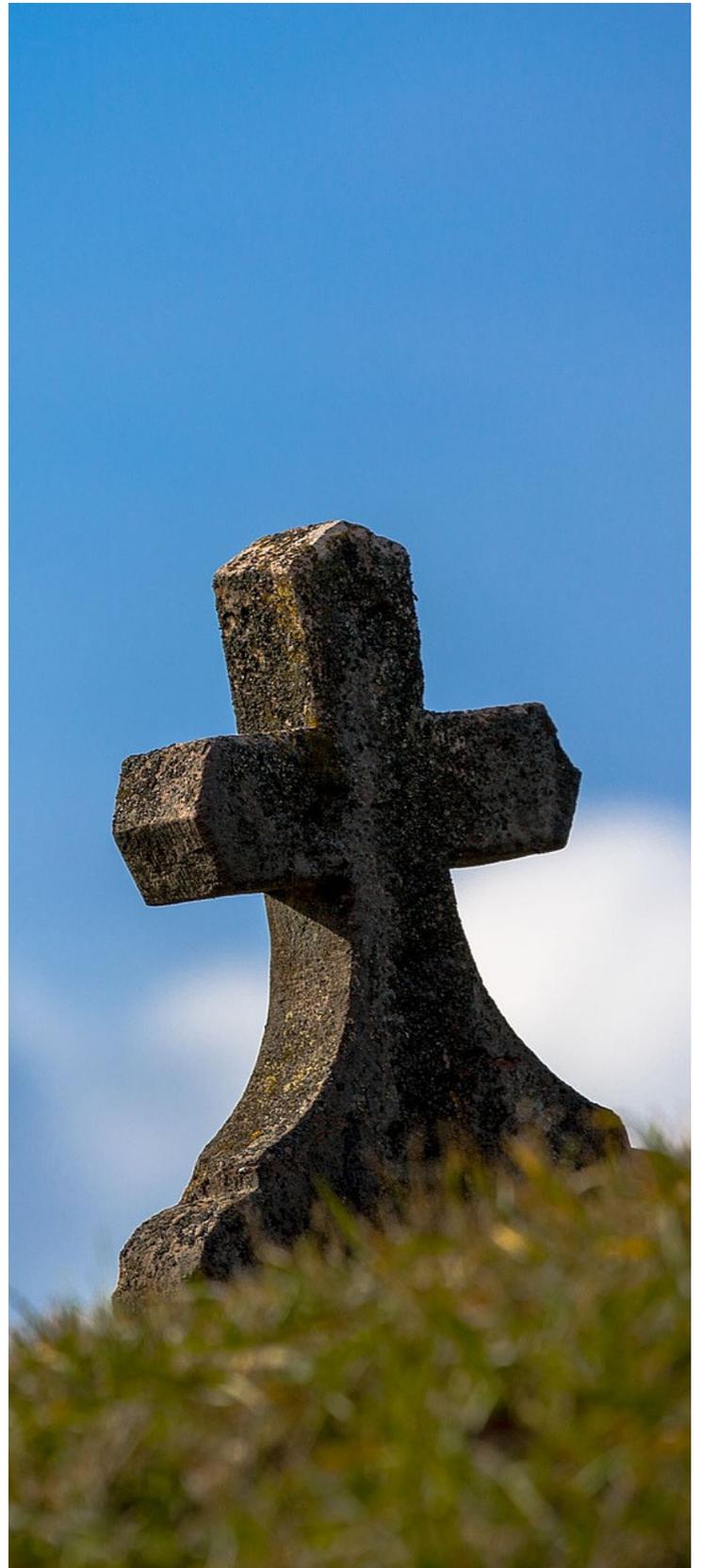
Así han transcurrido los años y los siglos en el mundo de las asíntotas. Lenta, majestuosamente, el sol se ha ido alzando y lenta, majestuosamente, yo me he ido incorporando. Ya casi es de día, y he descubierto que debajo de la isla voladora en la que habito, se puede ver, a través de las nubes sobre las cuales se desplaza la isla celeste, un cuarto de hospital en el que yo permanezco en estado vegetativo y los médicos debaten si deben desconectarme o no. A veces vienen abogados, a veces vienen científicos –he permanecido así durante siglos y les intriga saber cómo lo he logrado. Yo podría arrojarme desde mi peña, volver a mi cuerpo, despertar. Pero me es completamente indiferente si me desconectan o no. Está a punto de amanecer y entonces será necesario emprender el vuelo. No es que me hayan surgido alas, pero un hombre no brota para quedarse pegado al suelo.

Han transcurrido los años y los siglos y todas mis amigas-nunca-novias han muerto, también ha muerto el compañero entusiasta de las matemáticas. Tal vez he muerto yo también. Tal vez la vida es un largo trazo que siempre guarda un suspiro que la separa de la muerte.



**Álvaro Sánchez Ortiz**

(Ciudad de México, 1977) es licenciado en Letras hispánicas y en Filosofía, egresado de la UNAM, con mención honorífica, en ambos casos. Asimismo, realizó el diplomado en creación literaria de la SOGEM. Es autor de *Telúrico* (UNAM, 2018), obra ganadora del concurso de Ediciones Digitales Punto de Partida, en la categoría de cuento. Se ha desempeñado como profesor de literatura y de teatro.



# REAL DE SAN MIGUELITO ARCÁNGEL

NOVELA ANTI HISTORICA

Escrita por Alejandro Ordóñez

Navegando siempre hacia Occidente, desafiando todos los peligros existentes, el valiente, el temerario, el heroico Cristóbal Colón llegó a las Indias. ¡Bendito Dios!

La novela nos retrata la vida en la Nueva España y las travesías del Nuevo Mejiico a España, una vez consumada la conquista, nos guía a través de los defectos y virtudes de lo que estamos hechos los seres humanos: la codicia, el odio, el engaño, el honor, la lealtad, el erotismo, el amor, la vida, la muerte, los héroes, los villanos, al final todos mortales; patrones que se repiten desde los tiempos más remotos hasta nuestro días, historias, leyendas, anécdotas, cuentos que se transmiten de generación en generación a través de los abuelos, de los tatas, de los patriarcas, de los jefes del pueblo, de padres a hijos, que dan origen a los pueblos, a las culturas.

“pueblo aguerrido acostumbrado a defender sus derechos con uñas y dientes, donde sin distinción de sexo se lucha a muerte antes que dejarse vencer”

Fue George Orwell el que alguna vez diría “la historia la escriben los vencedores”. De Real de San Miguelito Arcángel, novela antihistórica ¿Quiénes son los vencedores? ¿Quiénes son los vencidos? Los conquistadores, los conquistados, Malitzín, Malinche, El capitán Santiago de Benavente, la tribu perdida, los españoles, la nueva raza mestiza, Don João Costa, Cristóbal Colón, el Rey Carlos, Moctezuma, la Reina de Portugal, Doña Jimena, Don Jacob, los tatas, El Duque de Gandía, el Papa Clemente VII, la santa iglesia, la santa inquisición.... Personas reales, personas ficticias que viven la esencia humana, que crean la historia y la hacen nuestra.

**Real de San Miguelito Arcángel** nos envuelve con el aroma del chocolatl, el sonido alegre de panhuéuetls y chirimías, el horror del ruido generado por los cuerpos humanos rodando por las escalinatas después de los sacrificios humanos, la tensa calma chicha en medio del mar, los lujosos y ostentosos palacios, las selvas, los puertos, los navíos, las minas, el brillo del oro, al final siempre el oro.

“Entró a la catedral de San Miguel Arcángel, se estremeció al conocer la historia de la tribu perdida y ver de cerca las facciones de esos indígenas inmortalizados en el monumento a los fundadores, están ahí los niños, mujeres, ancianos y hombres jóvenes, cuyos rostros reflejan el miedo y la esperanza propia de los que ignoran si van en busca de la libertad o de la muerte”

Jose Luis Pérez León

EN VENTA POR AMAZON.COM

amazon.com



# ENTRE ZANATES Y PÁJAROS CARPINTEROS

por Sandra Lucía Ramírez

Los ojos que miran no siempre corresponden a la boca que habla. Mirar es mucho más que abrir los ojos, es un experimento iniciado por la vida terrestre hace más de 540 millones de años... o algo por el estilo. Justo donde nace el nervio óptico se apaga la luz, y el magnífico cerebro de los vertebrados suple la falta de sensibilidad con información previa, o sea: inventa. Quizá por eso Aristóteles pensaba que la vista era el menos confiable de los sentidos.

Desde que terminó el confinamiento y fuimos autorizadas para volver a los espacios tomados por la ausencia de dos años, recuperé mi habitación propia, cuya ventana se abre hacia un rincón medio asilvestrado donde se apiñan unos plátanos, un mango y una ceiba. El árbol que ensombrece el ventanal del espacio de mi reclusión privada (llamado casa) es un híbrido de toronjay lima, una cosa horrorosa al gusto pero increíblemente compleja al olfato. En ese árbol, una araña tigre urdió una red tornasolada que desapareció una tarde de tormenta. La eché de menos. A los pocos días, su rama fue ocupada por un par de pájaros negros que jugaban a distraerme con sus picos golpeando los cristales, riéndose del gato que castañeteaba los dientes dispuesto a dar un zarpazo contra el mosquitero. Acá, en el cubículo, no hay gato, ni araña, ni zanates. La luz del sol entra oblicua por entre las persianas.

-¿Tienes un poco de té?

-No, oye, ¿has visto a...?

-Sí,...

El recuento de las pérdidas. Las historias. Porque volver no implica nada más ponerse un cubrebocas y actualizar los datos en una tarjetablanca. Es atravesar el eco de un pasillo recién desinfectado y abrir una puerta detrás de la cual una agenda permanece abierta en el 17 de marzo de 2020. Es no saber qué distancia amerita el deseo del abrazo y confiar que hay sonrisas debajo de una mascarilla blanca. Es no saber qué animal habita en la ventana.

El chirriante ruido que hacen las persianas al correrse reverbera en la piel que se eriza. La piel escucha, como las flores que concentran el dulzor de su polen al zumbido de las abejas. Quizá por eso Aristóteles pensaba que el oído era el sentido más confiable. El amor entrar por los ojos, decía Platón, pero puede engañarnos. Es que el corazón, como el ojo, debe tener también su punto ciego, y el maravilloso cerebro de los homínidos sapiens debe llenarlo con información previa, o sea: inventarse un cuento. Como el cuento de unos ojos que se pierden en las tardes

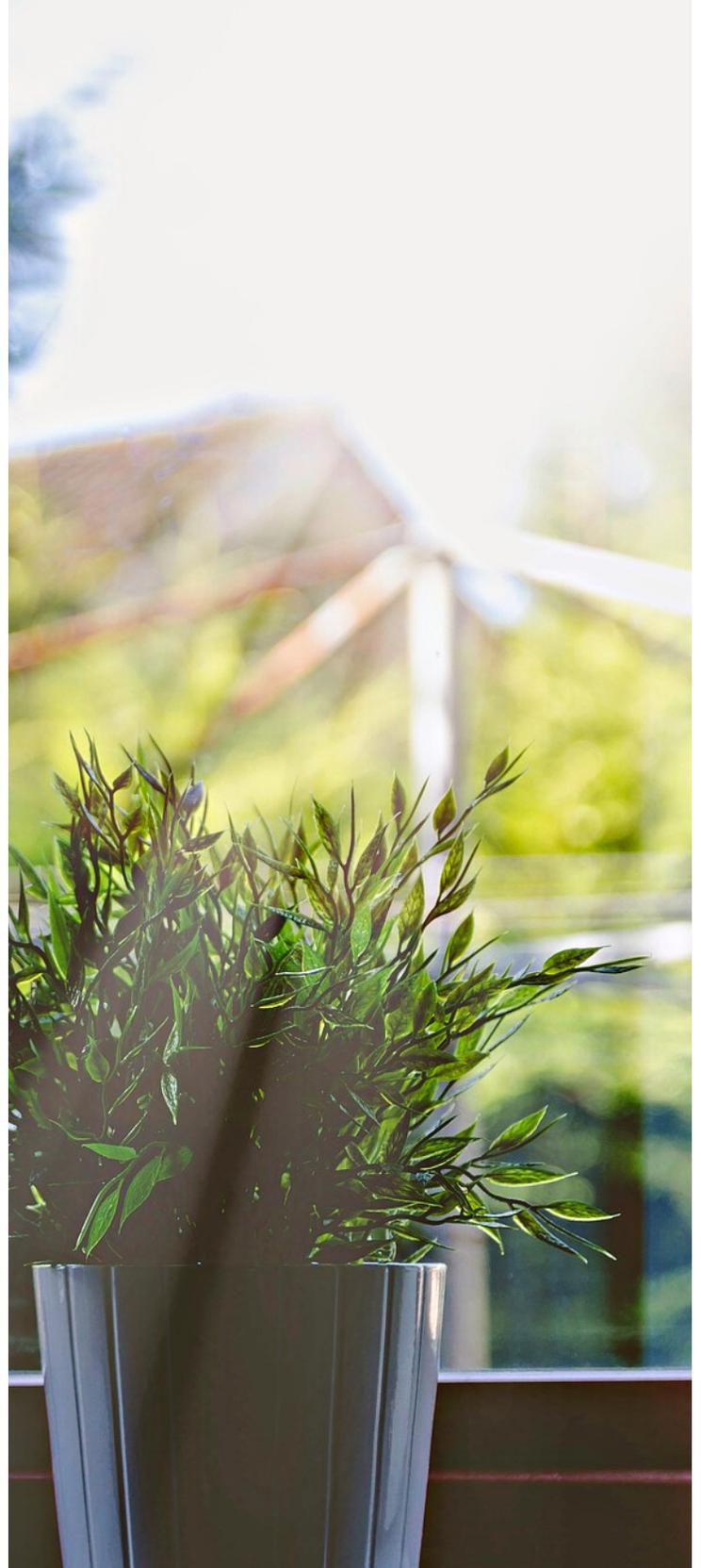
húmedas de julio para aprehender los matices verdes de un jardín tropical.

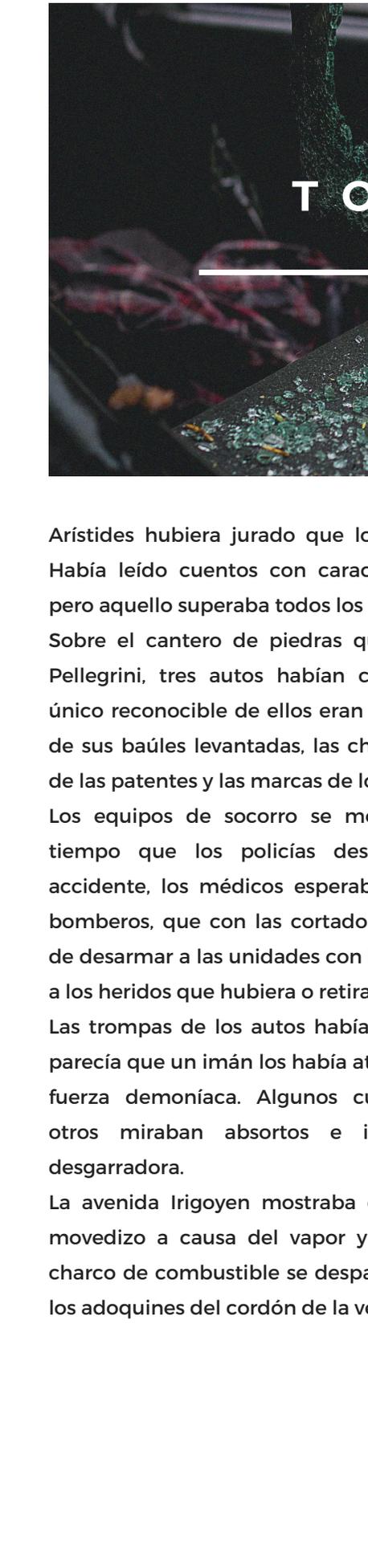
La luz entra directa sobre el cesto de basura en el que una agenda semi vacía inicia el proceso de reciclaje. El platanar casi un lugar vacío. Un par de especímenes sobrevivientes se entrelazan, y ahí, en uno de los delgados troncos, un pájaro carpintero se concentra en tragar hormigas.



**Sandra Lucía Ramírez,**

filósofa, psicóloga y madre que incursiona en la narrativa para explorar las infancias, en un entorno pandémico en el que los niños son ignorados y las maternidades con sus inacabables exigencias son invisibilizadas..





# TODO POR RAQUEL

por Mónica Teresa Müller

Aristides hubiera jurado que lo que veía era ficticio. Había leído cuentos con características asombrosas, pero aquello superaba todos los argumentos.

Sobre el cantero de piedras que rodeaba el Parque Pellegrini, tres autos habían chocado de frente. Lo único reconocible de ellos eran las colas con las tapas de sus baúles levantadas, las chapas con los números de las patentes y las marcas de los vehículos.

Los equipos de socorro se movían con rapidez. Al tiempo que los policías despejaban el área del accidente, los médicos esperaban el accionar de los bomberos, que con las cortadoras de chapa trataban de desarmar a las unidades con la finalidad de rescatar a los heridos que hubiera o retirar los cuerpos.

Las trompas de los autos habían formado un bloque, parecía que un imán los había atraído e incrustado con fuerza demoníaca. Algunos curiosos cuchicheaban, otros miraban absortos e incrédulos la escena desgarradora.

La avenida Irigoyen mostraba el asfalto que parecía movedizo a causa del vapor y el reflejo del sol. Un charco de combustible se desparramaba hasta llegara los adoquines del cordón de la vereda.

Aristides se resistía a ver más. Recordó que la noche anterior había ido al Club. Desde jovencito no se perdía asistir a los bailes que allí se organizaban.

Esa noche, el salón principal estaba repleto. Las mesas eran ocupadas en su mayoría por mujeres jóvenes. Él prefería el bar y sentarse junto a la barra sobre los taburetes altos, acolchados y forrados con cuero ya ajado.

Desde ese lugar se sentía omnipotente. Alcanzaba a ver la pista y a un número importante de mesas. De esa manera estudiaba a cada mujer presente hasta encontrar la justa y necesaria. Entonces divisó a la rubia, casi igual a Raquel. Justo lo que estaba buscando. Calculó la talla, la figura de delgadez pronunciada, las piernas largas y lo más importante: rubia natural y con pelo enrulado casi hasta la cintura. Aristides pensó que si le hubiera encargado a algún artesano para que la creara, no sería tan perfecta. Sólo le faltaba saber si la joven sabía conducir.

A las dos de la mañana estaba bailando con ella, tan acaramelados que parecían ser una pareja no casual.

Mientras tanto, Raquel había guardado un poco de ropa en el bolso, algunos maquillajes, algo de dinero y los nuevos documentos que Arístides le había conseguido a través de un falsificador recomendado. Iría a una casita en Uruguayana propiedad de una tía suya.

Su difunto esposo parecía mirarla desde el portarretratos que estaba sobre la cómoda. La mujer se molestó y con un ademán poco femenino lo dio vuelta. No había sido tonto sino un sinvergüenza que se había mofado de ella muriéndose después de cinco años de matrimonio.

Cuando se conocieron, él le llevaba treinta y cinco años. En realidad, la edad significaba muy poco al lado de los cinco millones de dólares de la fortuna del viejo. Lo que no había calculado Raquel era que los ochenta y cinco años del hombre enfermo, próximo a morir, se extenderían a noventa.

Arístides era un amante de esos que algunas tienen y otras quisieran tenerlo o como decía un mail: también están las que no lo tienen, o las que lo tuvieron y lo perdieron.

Ella había elegido tener un amante. Su vida al lado del viejo, antes de conocer a Arístides, era nada más que subsistir, monótona y sin expectativas. Poco a poco las crisis de llanto le aparecían sin motivo alguno y en cualquier momento del día. La juventud del nuevo amigo la había rescatado de la depresión, tenía en qué ocupar su tiempo libre: había recuperado la pasión, él estaba en sus pensamientos. Se dio cuenta que Arístides era alguien que le había quitado el miedo a vivir. Era quince años menor que ella aunque no se notaba. Raquel le había preguntado muchas veces por qué estaba a su lado y él, no sólo le contestaba que la quería, también se lo demostraba.

El anciano, aún después de muerto, seguía siendo un cretino. A la semana del entierro el Dr. Cáceres la citó para darle la noticia: los bienes del difunto, los había heredado de sus padres. Le dejaba esa fortuna con la condición que permaneciera viuda, es decir, que no se volviera a casar. Ante la sola sospecha de una relación amorosa, y que sería controlada por una persona nombrada por el muerto, ella perdería automáticamente lo heredado.

La única solución era morirse. Arístides había planeado su desaparición para luego reconocerla como víctima en un accidente. El testamento nada decía acerca de que ella dejara esa herencia a un tercero en caso de fallecer, entonces decidió que su amante iba a ser la tercera persona.

Poco le costó a Arístides convencer a la rubia que fuera a su departamento. Ella estaba entregada. El hombre conocía bien sus dotes de conquistador y había vivido utilizándolos para subsistir. Sus padres lo habían formado con la idea que lo más importante era la presencia, mientras que desenvolverse en un medio económico alto lo eximiría de complicaciones. Con esos conceptos y para mantener el status había vivido a expensas de amantes ricas, pues la fortuna familiar la habían despilfarrado sus progenitores.

La frivolidad rodeaba al hombre posiblemente para ocultar la necesidad de afecto. Cuando conoció a Raquel creyó que sería una más. Primero descubrió que el interés por el dinero era mutuo, poco a poco se sumaron dolores, pérdidas e iguales necesidades. Cuando quiso ser como había sido con otras mujeres se dio cuenta que la amaba.

La rubia del club estaba entregada, la delataba la mirada. Mientras hablaban, el hombre había puesto adentro de la cartera de ella, junto con los billetes, los documentos de Raquel. Le dejó las llaves del Mercedes de su amante, y le dijo que fuera sola por si lo vigilaran por una cuestión de celos de su enfermiza esposa, él la seguiría con su recién adquirido Honda.

La noche había pasado y él no comprendía qué hacía en el parque. Miró la hora. Las agujas de su reloj pulsera estaban quietas y marcaban las seis. Recordaba haberse despedido de la joven cerca de las cinco y media de la mañana. Treinta minutos en blanco ¿qué había hecho él en ese tiempo?

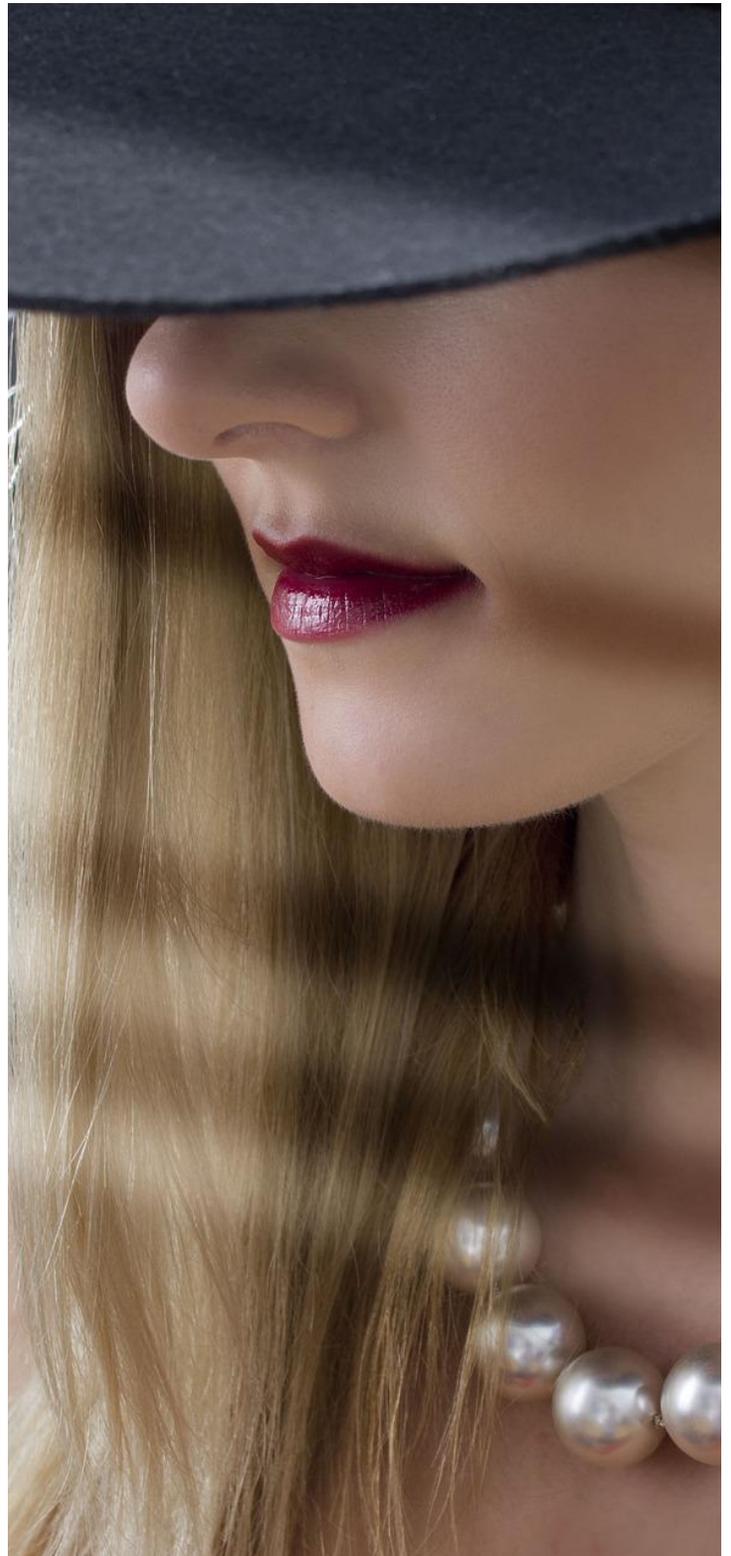
Nuevamente observó el Parque, se sentía extraño. Estaba frente a tres autos chocados. Observó que el vidrio del reloj estaba roto y las esquirlas se habían incrustado sobre los números.

La morguera llegó en un instante y estacionó al lado de los restos del Mercedes gris, y que por los números de la chapa era el que manejaba la rubia. Ubicado en dirección al norte reconoció al otro auto: era el de Raquel.

Qué locura. Arístides gritó cuando las colocaron sobre dos de las tres camillas y las taparon con una sábana. Nadie lo escuchó. Nadie lo vio. Él creyó estar de pie junto a los restos del Honda.

---

**Mónica Teresa Müller** nació en Adrogué, Provincia de Buenos Aires, Argentina. Autora de cuentos, crónicas y relatos en las obras: "Palabras de Taller" (1999), "Los de Adentro" (2003), "Homenaje a Oliverio Girondo" (2003), "Torbellino de Palabras" (2010), "Sueños Dirigidos" (2014), "Polifonía" (2017), "El Lector y otros Emojis" (2018), Embajada de Emociones (2020) con GLA, Grupo Literario Ayacucho. Recibió menciones y primeros premios. Fue miembro fundador de la revista: "Visto desde aquí". Participó en Talleres Literarios del Programa Cultural en Barrios de la Ciudad de Buenos Aires.



# REINO PALABRAE

por Yijhan Ahmed



Hay palabras que corren a 200 por hora, si es que son dichas mientras se viaja en auto.

Y otras que son más lentas, cuando se les pronuncia caminando, palabras que duran poco, como las últimas de un ser que hace unos segundos vivía y ahora ya no. Hora de muerte 7:41, y entonces dejan de existir. Al menos en planos presentes.

También hay otras que son más longevas cuando son expresadas por algún filósofo de renombre o si forman parte de una canción que luego se vuelve himno; también en este último grupo están las que duelen y se quedan ahí por muchos años, pegadas al niño que ya es adulto y luego viejo, y que al no lograr erradicarlas las pasa como herencia a otras generaciones.

Están las palabras fallecidas, las de las lenguas muertas que ya nunca escucharemos.

Y las que existen en silencio en la memoria, las palabras que sanan y que lastiman, y las que se abandonan en los aeropuertos donde se reclama el equipaje, las que se pegan a las suelas de los zapatos y no nos dejan avanzar, no sabes por qué: será que no nos percatamos que ahí en el suelo vamos dejando una huella de "no lo intentes".

Las hay también dulces, de las que se comen en el chantilly y empalagan la lengua, o unas tan amargas que deseamos enviarlas en un taxi hasta el lugar más lejano. Lejanas también las hay, de las que separan a los amigos y acercan a los lejanos, las que circulan por las compañías telefónicas atravesando continentes y las que se dicen solo para un oído.

Hay palabras que abarcan mucho, como las dichas en los auditorios para cientos de personas.

O mucho, por ser de las profundas, esas que se quedan en la cajita emotiva, como fotografías petrificadas que al abrir se mueven, como un cortometraje que se repite. Las hay vacías, de las que suenan a música ambiental de elevador, las que se borran como tiza en los pizarrones verdes.

Las hay ruidosas y mudas, como la prima Sofía y los hombres de pocas palabras. Y las que gritan por el cuerpo a modo de enfermedades, una artritis, mal del pinto o un cáncer si es de las más ruidosas.

Palabras que se encharcan en los adoquines y se vuelven mohosas y hay de las que limpian nuestras ventanas internas con periódico y vinagre blanco.

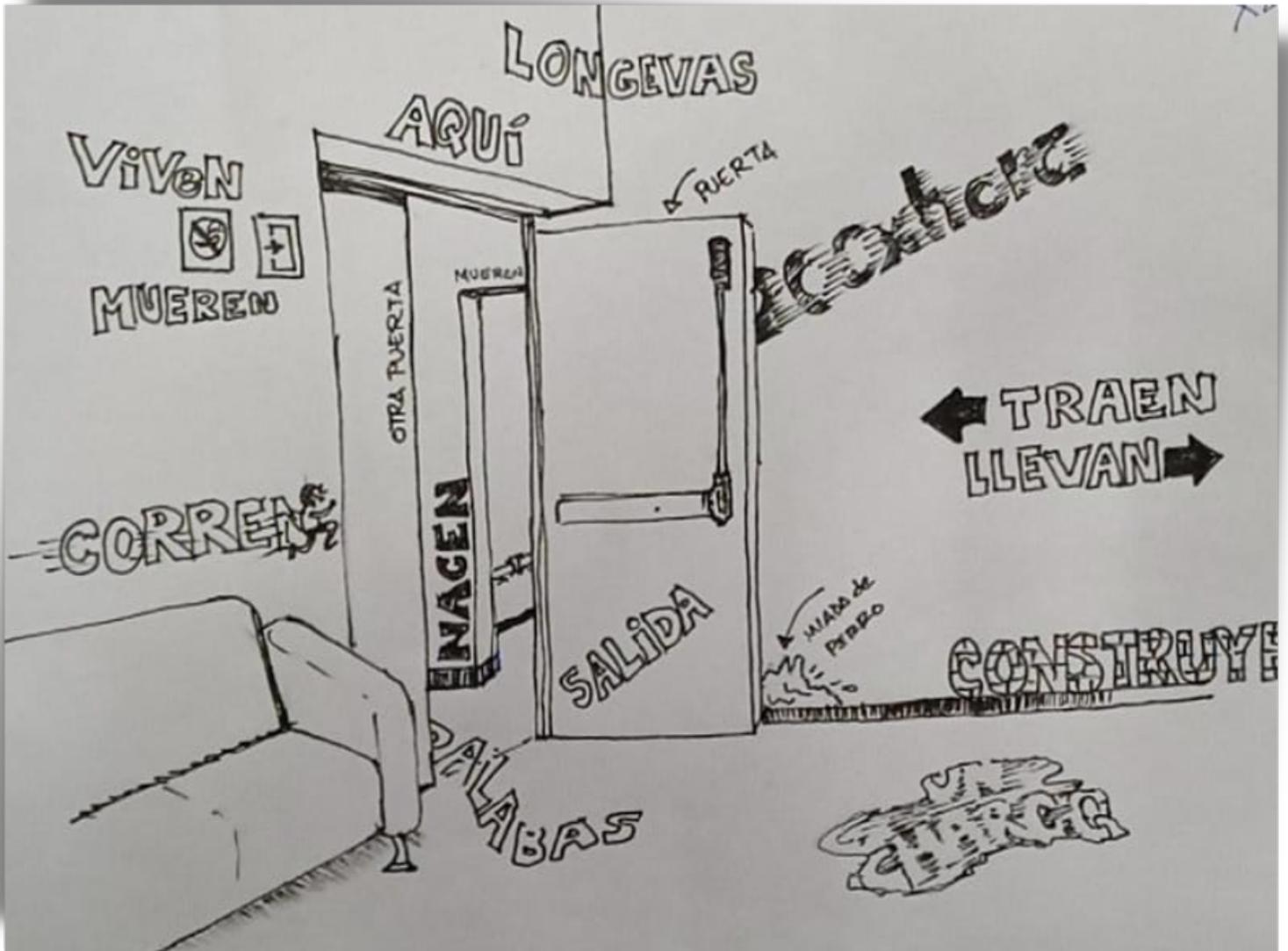
Palabras abono y miada de perro, de las que amarillean el pasto y secan los magueyes.

Palabras origen y destino.

En los libros las definimos como agudas graves y esdrújulas en el caso más técnico, así nos lo enseñan en el colegio y con eso nos quedamos, crédulos, cortos, cerrados, básicos, como decir que un ave es "cualquier cosa que vuela" habiendo cientos de seres y objetos voladores, volátiles, los aviones de metal y de libreta cuadriculada, libélulas, escarabajos, moscas y mosquitos, colibríes estorninos y aves de las que no vuelan, humanos ya muertos volando por la ventana o la orilla de un edificio, hojas, de papel bond y de árbol que son lo mismo.

Palabras indefinidas, cortantes y persuasivas, palabra fin y comienzo, mayúscula, minúscula.

Las palabras viven y mueren, matan, reviven, surgen, entierran, nacen, traen, llevan, cantan, callan y hacen callar, construyen, derrumban, llenan, vacían, sueltan, apalean, unas corren, otras caminan, otras no tienen pies, ni voz ni boca.



---

A **Yijhan Ahmed** le gusta volar; como no tiene alas imagina cosas. Le gusta todo lo que sean palabras, canciones, sonidos. Nació en Texcoco (Edomex) con una mezcla de sangre mexicana y árabe. Además, escribe —ha publicado sus textos en diversas publicaciones—, le gusta cantar —lo hace en un par de ensambles— y le enseña idiomas a gente menuda.



*Dame aquel libro viejo  
de mil estampas lo quiero abrir...  
A los niños en estos tiempos  
los mismos cuentos les gusta oír...  
Cri-Cri*

Ella huele a algodón de azúcar.

También huele a pan y a unos ricos frijolitos.

Sus molinos ya no muelen, pero parecen ventanitas que dejan ver su garganta.

Y sus ojos son azules porque tienen muuuchas nubes.

A veces me cuenta cuentos de cuando era chiquitita y sabe muchas cosas que yo no encuentro en mis libros.

La otra vez fui a verla y le pregunté sobre su perfume.

¿Por qué tus manos huelen a pan?

Ella sólo sonrió y me acarició.

Bajamos a la cocina y calentó mi leche. Yo le puse caramelo porque así sabe más rica.

Le pasé sus anteojos rosas, los que guarda en una cajita, porque ya no ve muy bien, para que me leyera con su voz de carraspera.

Me contó una historia sobre las niñas bonitas, dice que se echan a perder; como la mermelada si no te la comes.

A mí me da mucha risa, ¿Cómo puede alguien echarse a perder?

Me gustan sus cuentos porque no están escritos, y nadie más puede leerlos. Yo ya vi su libro rojo y creo que sólo es un viejo recetario:

Harina.

Huevo.

Canela...

Aquí no dice nada sobre los caballos, ni la caballería, ¿Cómo hará para leer entre la lista de ingredientes? Yo pienso que sus cuentos están bien escondidos y que sus gafas son especiales; por eso encuentra tantas historias que sólo ella puede ver.

Fuimos a la sala y me sentó en su regazo, me cantó un poquito y me dormí.

Cuando despierte voy a subir a verla, seguro está en su cama con una caja de chocolates. Me gustan los osos y los pollitos; esta vez voy a elegir un conejito.

Luego ya será la hora de irme a dormir, me va a arropar, a ponerme mi pijama, también va a cantarme de nuevo, ahora será la canción de Juan Pestañas. Por la mañana seguirá oliendo a su perfume. Ese perfume de pan, de algodón de azúcar... tal vez se quede aquí para siempre.



Diciembre 2021, Yakarta, Indonesia:

-Señorita Galicia, bienvenida a Garuda Airlines, la aerolínea oficial de Indonesia, su vuelo está un poco retrasado debido a la fuerte tormenta tropical, la invitamos al "Executive lounge de Garuda", mientras las condiciones del clima le permitan despegar al avión con destino a Papua Occidental...

Una vez registradas las maletas, procedí al famoso Lounge a esperar mi abordaje y a que pasara la fuerte tormenta tropical. Escogí unos muffins, café y algo de fruta...a través del gran ventanal que daba a las pistas de despegue y aterrizaje podía observar la furia de la tormenta azotando los cristales, recosté mi cabeza sobre el sillón cómodo y con un poco de nostalgia cerré los ojos...

Corría el año de 1996, diciembre: "WELCOME TO MALAYSIA", decía un letrero en el viejo aeropuerto de Kuala Lumpur, momentos antes y desde el cielo pude observar que se veía todo muy verde, mientras en el altavoz se escuchaba la voz del Capitán anunciando la temperatura de 35° grados Celsius a la sombra y 90% de humedad en el aire, además de hacer hincapié en las respectivas "lluvias de temporada". ¿Dónde estoy? Me preguntaba todavía atónita...mi pasado inmediato antes de este avión habían sido siete gloriosos años en Helsinki, Finlandia, uno de los países más fríos y blancos del mundo, con temperaturas desde -15° a -34° grados bajo cero, la nieve y el silencio predominaban aquellos lares.

Yo seguía todavía vestida de "astronauta" y una nueva aventura estaba a la puerta... Al bajar de aquel avión -dispuesta a pasar los próximos tres años en una nueva dimensión-, debíamos tomar el "camioncito" que nos llevaría al control de inmigración y a las puertas de salida del aeropuerto, en ese momento sentí una bocanada de aire caliente y húmedo como si quisiera acariciarme las mejillas, me costaba trabajo respirar, -confieso-al sentir esa humedad que jamás había experimentado en ningún otro lugar; hacía solamente once horas desde que había dejado mi amada Finlandia a -28° grados bajo cero y ahora hacían 35° grados a la sombra, que más bien parecían 40° grados o más, ¡en la punta de un volcán en erupción!.

Además del inmenso contraste ambiental entre Finlandia y Malasia, pude identificar la gran diversidad étnica que caminaba conmigo hacia las ligas para recoger las maletas, si bien ya había leído sobre mi nuevo destino en el Sudeste Asiático, recordé que tanto Malasia como Singapur fueron colonias británicas, esto hizo que gente de las diferentes colonias y sus generaciones completas se instalaran en las nuevas tierras y por ende la diversidad étnica era sorprendente. Había musulmanes (religión predominante del país), sus mujeres tapadas de la cabeza a los pies, discretas pero amables, también indios con sus mujeres

vestidas con saris de seda, y chinos y chinas vestidos a la moda occidental con ropa de marca y accesorios Louis Vuitton (seguramente la mayoría de fabricación "dudosa" pero de buena calidad). Se escuchaba desde el idioma inglés, el tamil de los Indios, el bahasa malay de los malasios, el mandarín y el cantonés de los chinos, -que más bien parecían gritarse entre sí, y que seguramente esa es la forma de hablar de ellos-, luego todos los demás extranjeros como yo con cara de perdidos en esta nueva realidad.

Había una inmensidad de colores por doquier, gente que caminaba con la seguridad de pertenecer a ese lugar y que sabían a dónde se dirigían. Noté que algunas personas llevaban gallinas vivas en cajas de cartón -seguramente para hacer el caldo de antaño de sus abuelas-, recordé la estación camionera de la Ciudad de México, esos camiones que te tomas para ir a "puebloar" o regresar al rancho a ver a tus familiares, ¿quién no ha tomado un camión de la línea verde o amarilla para salir de la ciudad? Aquello era como un mercado, claro, con sus respectivos olores ¡a... todo! Era una mezcla de perfumes intensos que me penetraban como oleadas, a patchuli, a yalang yalang y a curry entre otros. Mujeres emperifolladas con joyas, las indias llevaban sus saris de seda de colores encendidos y oro por todo su cuerpo, cadenas que pendían desde su nariz hasta las orejas. ¡Había vida en aquel aeropuerto!, mis ojos se abrían ante aquel espectáculo y mi estómago se revolvía con tantos olores a la vez. ¡La curiosidad, la excitación y un poco de miedo a lo desconocido me estaban matando! Ese mismo día ya instalada en el hotel, bañada y después de haber dormido unas horas para reponerme del viaje y la impresión de cambiar drásticamente de ecosistema y de escenario, decidí salir a caminar y probar la prometedora gastronomía local. La empleada del hotel, amablemente, me dio varias opciones para comer, así como indicaciones de logística y mi respectivo mapa, ya que en aquel entonces no existían Google maps ni internet como lo conocemos ahora. Al salir del hotel, caminé hacia la gran avenida "Jalan Sultán Ismail", noté que la línea curvilínea de la avenida estaba acompañada de grandes y altas palmeras, así como de árboles con hojas gigantescas que jamás había visto, que hermosa vegetación, pensé todavía sobrepasada por la emoción, la curiosidad y la pena por haber dejado Finlandia.

Descubrí que la ciudad alberga Mezquitas, generalmente hechas con mármol y templos hindúes donde al entrar te reciben sus maravillosas deidades con cuatro brazos, a las que los fieles van a rezar, a cantar y a pedir favores; cada deidad está adornada con flores, inciensos, comida y velas; había también templos budistas con sus inmensos Budas cubiertos con lo que parecía oro y que durante las festividades chinas tiran la casa por la ventana con decoraciones y motivos de color rojo; inclusive había iglesias católicas, parecía haber de todo para todos. La ciudad era un "Bum" en todos los sentidos, en aquel tiempo se estaban construyendo las que prometían ser las torres más altas del mundo (y lo fueron), las maravillosas Torres Petronas, hasta que Dubai tomó control de las alturas, construyendo desde entonces los edificios más altos. La ciudad era enorme, tenía edificios altísimos ocupados por importantes corporativos -donde también estaba mi oficina-, y también daba cabida al barrio chino, un mundo aparte lleno de tiendas y casas donde vendían todo tipo de remedios naturales y se vislumbraban frascos con víboras secas o alacranes que se emplean para dar virilidad a sus pacientes; raíces y hongos secos provenientes de la "Madre Patria", que prometen la juventud eterna, todo en escritura china; había clínicas de acupuntura donde me traté varias veces. Sí, cada barrio se pronunciaba con una identidad propia, el barrio Indio te recibía, aparte de sus templos increíbles, con magníficos restaurantes donde sirven la comida en hojas de plátano y la etiqueta es comer con la mano derecha haciendo bolita el alimento con los dedos que servirían de cuchara.

Al intentar seguir sus pasos, el delicioso curry se me derramaba por cada lado de la mano, haciendo imposible el estilo deseado, ya que la "etiqueta" se me escurría hasta el codo, o la maravillosa manera de los indios quienes mueven la cabeza en forma de ocho sin saber a ciencia cierta si querían decir sí o querían decir no y claro, mezquitas por doquier, donde sus fieles llegan a rezar hasta cinco veces al día, y se lavan los pies antes de cada rezo; las fechas

religiosas de todas las culturas que conforman al país, son festejadas en grande durante todo el año, cada una con sus propios rituales, colores y sabores.

Es curioso que, aunque la gente tenga los ojos rasgados, existen grandes diferencias entre sí, desde el tono de la piel hasta la estructura ósea. Esta diversidad se convirtió en uno de mis pasatiempos favoritos de mi estadía en aquella capital, además de que tuve el privilegio de conocer a personas de diferentes culturas y religiones que me permitieron entender sus maneras tan diferentes de vivir y su increíble y maravillosa gastronomía. Esta ciudad es una "Babel" de mundos que se intercalan y que se encuentran entre sí, ya que tanto sus significativas gastronomías como las diferentes religiones y culturas que conforman al país lo hacen mágico y te dan la oportunidad de conocer sus estilos, forma de ser, forma de vivir y de pensar, con sus vibrantes colores y olores.

Aquel primer día, encontré un restaurante de comida típica malaya, con muchísimo picante, -lo cual hizo reír a los empleados de aquel lugar al ver mi expresión cuando di el primer bocado- y un té llamado "tetarik" que es una mezcla de té negro con leche y lo sirven desde las alturas como nuestro "Café de la Parroquia", en Veracruz -delicioso por cierto-, pero mi fascinación no paró ahí: repentinamente, el cielo cambió de color y los truenos anunciaron, como gritos feroces y amenazantes de que la tormenta se avecinaba... No vayan a creer que era cualquier lloviecita, la intensidad y fuerza con la que caían las grandísimas gotas de agua desde el cielo, los fuertes vientos azotaban de un lado a otro a las palmeras y las otras hojas gigantes que adornaban la avenida. La naturaleza hablaba, me paré de mi mesa y me acerqué a la puerta para sentir de cerca el olor de esa fuerza que parecía mangonear a su antojo la ciudad. Olía a caliente, a coco, a mar, a sal, a a humedad cálida, algo diferente al olor de la lluvia y tierra mojada que había experimentado en mi ciudad natal, el "Distrito Federal", parecía como si el cielo quisiera darme una gran lección.

El espectáculo no tenía fin, parecía el diluvio, su fuerza extrema me puso la piel de gallina y su olor penetró en lo más profundo de mi ser... sin embargo, a los pocos minutos y de golpe, se paró, dejó de llover y casi de inmediato salió el sol acompañado de un vapor como humo que emanaba de las banquetas, una niebla que no te permite ver más allá de dos metros de distancia, el vapor era un sauna húmedo y caliente que envolvía todo con la misma fuerza que la tormenta, como un augurio que me indicaba en ese momento lo que sería el resto de mi vida. Esa lluvia tropical por muy fuerte que azote siempre parará y te acompañará ese vapor sanador y reconfortante que nos da la vida misma.

Executive Lounge Garuda Indonesia: Señorita Galicia, señorita Galicia- siento la mano de la empleada sobre mi hombro devolviéndome de regreso al tiempo y espacio de mi realidad actual. -La tormenta ya pasó y su vuelo está listo para el abordaje, recalco muy amable, le deseamos un buen viaje y esperamos tenerla con nosotros nuevamente.



H A B L E M O S   D E   L I B R O S

---

## Tus pasos en la escalera.

Antonio Muñoz Molina.

Por Marilú Ricalde

Una metáfora que nos advierte que la vida puede ir cuesta arriba o cuesta abajo. La historia se centra en Bruno. Un adulto que ha decidido jubilarse prematuramente para dedicarse aquello que más le gusta, hacer nada. Y su relación con Cecilia, una atractiva investigadora del cerebro humano.

Con referencias científicas enalteciendo nuestro conocimiento, Antonio Muñoz Molina nos lleva a recorrer junto a los protagonistas esa escalera de arriba abajo. Con calma y ánimo va deshilando el nudo de la historia; que no es esa historia de amor que quisimos adivinar, sino es la nostalgia, la amistad, y las pérdidas que enfrenta el ser humano a lo largo de su andar son los tópicos del relato.

Dos ciudades sirven de marco para contar la historia. Dos ciudades que coinciden con el Atlántico, y pertenecen a diferentes continentes. Dos ciudades inquietantes, ambas no muy grandes pero si cosmopolitas. Dos idiomas diferentes y dos departamentos iguales que son guarida para Bruno y Cecilia.

La lejanía entre Nueva York y Lisboa permite la espera, y esa demora permita la reflexión y acrecentar la memoria. Y es ahí, cuando el lector empieza a dudar qué es lo real y qué es producto de la añoranza o de la imaginación.

El amor de la pareja. Ese amor entre Bruno y Cecilia, está presente en todas las líneas de la historia. Es un amor que despierta el alma, pero también abunda el cariño de la ausencia y la distancia.

La presencia de extraños acompaña a Bruno a desenterrar su pasado. Ese acompañamiento es alegre y desinteresado y es ese mismo el que quiere brindar ayuda que no es recibida.

La lectura logra despertar ansiedad en el lector, lo desconcierta y lo obliga adelantar los acontecimientos sin éxito, ya que es la pluma de Muñoz Molina la que da las pistas para darle forma a este relato.

Sin duda, una lectura muy afable. Un lenguaje exquisito y sutil. Una muestra clara de lo que es el arte de escribir.

# Antonio Muñoz Molina

## Tus pasos en la escalera



---

**Antonio Muñoz Molina.**, nació en Úbeda, España. (1956)

A partir de la publicación de su primer libro, *Beatus Ille* (1986), Muñoz Molina es galardonado con los premios a la Crítica, el Nacional de Narrativa, Premio Planeta y Premio Príncipe de Asturias de las Letras.

Investido doctor honoris causa por la Universidad de Jaén y miembro de la Real Academia Española es autor de numerosas novelas donde abundan referencias a la cultura popular, que es una de sus principales fuentes de inspiración

Actualmente vive entre Madrid y Nueva York donde dirigió el Instituto Cervantes.

**Marilú Ricalde** Es una amante de las letras. Nacida en CDMX cursó la licenciatura en Contaduría Pública para darse cuenta más tarde que su verdadera profesión son las letras. Estudió en Casa Lamn y hoy sigue estudiando el oficio de escribir en varios talleres.



# UN ZAPATISMO DIVERSO

por Antonio Trejo Galicia

La vida para los habitantes en el México revolucionario no fue fácil, menos si se era mujer y, para colmo, se anduviera en la bola combatiendo con aquellos a quienes se consideraba “salvajes”, peleando por algo tan etéreo y a la vez tan vital como la tierra. A ellas sólo les quedaban dos caminos: dejarse convertir en el “colchón de tripas” de algún guerrillero, o atreverse a cambiar su destino. Esta última senda fue la que tomó la protagonista de Amelio, mi coronel, de Ignacio Casas, quien rescata la historia del primer coronel transgénero en el ejército de Emiliano Zapata.

En la historiografía del zapatismo y en la cultura oral recogida por quienes descendemos de los sobrevivientes de este conflicto, sobresale la figura del coronel Amelio Robles o “La Coronela”, brava entre los bravos, respetado como el que más entre la tropa, que no la vio como una “Adelita” más, que echaba tortillas y avituallaba a su hombre en la contienda, sino como estratega, con mando efectivo de tropa. El tema elegido es un acierto, pues reivindica, aunque sea casi un siglo después, la libertad sexual de alguien que militó en la facción de los siempre vencidos por la historia.

Es a partir de aquí que cualquier escritor comienza a preguntarse cómo narrar una historia así y mostrar los sufrimientos de las poblaciones agrícolas del sur de México en este periodo, a quienes no sólo se les arrebataron sus tierras al considerar improductivas sus formas de organización y explotación agrícolas, sino que se les quitó su humanidad al llamarlos levantiscos, flojos y casi infrahumanos frente a la “gente de razón” que los quería sumisos y detestaba su cultura.

Es meritorio que Ignacio Casas se sume a esta ola de narradores que abordan aspectos poco conocidos del Ejército Libertador del Sur, que gestaron en su interior un proceso revolucionario no solo en el ámbito político o de la posesión de la tierra, sino en los aspectos más íntimos de los individuos, como la inclusión sexogenérica (todavía no llamada así), con figuras como el secretario particular de Zapata, Manuel Palafox, o el propio Amelio Robles; o la libertad religiosa, con la protección que los zapatistas dieron a los mormones en su territorio, en convivencia con su propia tradición católica; por no hablar de la ley de divorcio que beneficiaba a las mujeres y a las viudas. Si hoy, incluso, se puede hablar de un posible Zapata gay o bisexual (como el tratamiento que le da Pedro Ángel Palou en su novela histórica sobre el mítico guerrillero), es porque los campesinos del sur vieron en esa lucha por sus derechos, la ventana hacia otro modo de existir; de ahí la riqueza de este texto.

No obstante, transitar por las sendas de la novela histórica es una andadura delicada, porque de lo contrario, el pasado podría mirarse desde las posturas ideológicas actuales. Es así que para incursionar en este género no bastaría con la documentación, sino incrustar al personaje dentro de su entorno, dotándolo de una personalidad de acuerdo con el tono que se maneja en la obra. En este sentido, para que su personaje no se sintiera como una impostura, al autor le hubiera bastado revisar el manejo del lenguaje oral manifestado en las crónicas, corridos y en los propios escritos de esos viejos zapatistas.

Y es que al Amelio Robles de este libro no se le ve evolución, máxime cuando narra la historia en primera persona. Si bien se hacen referencias a su carácter hombruno desde las primeras páginas, no hay conflictos sobre su orientación sexual o un descubrimiento de la necesidad de hacerse hombre, vital para el personaje, ya sea para sobrevivir a la guerra o porque en verdad había una atracción sexual hacia las mujeres. No hay en el texto nada parecido: “la personaja” nació así por intervención divina y cuando se dio cuenta, estaba ante un moribundo en batalla, de quien tomó su ropa y se convirtió sin más en hombre, y para mayor inri, en toda su travesía se hace acompañar de “la Casimira”, la pistola que le tomó a su padre después de muerto, que hace las veces de falo para saber quién manda. Así lo narra Ignacio Casas: no hay un atisbo de conflicto ante su sexo biológico y el asumido. El autor nos queda a deber.

Tampoco se distingue el carácter recio de una mujer que decidió invertir los signos de dominación. No es la calzonuda de otras narraciones de esa época, como la Jesusa Palancares de Elena Poniatowska en *Hasta no verte, Jesús mío* –aunque son odiosas las comparaciones–, que deja soltar sus exabruptos sin que le importe que una princesa polaca la grabe y reproduzca con exactitud el habla de aquellos campesinos, muchos de ellos analfabetos, que se fueron a la bola a echar tiros.

No, el autor le teme a las palabras y se contiene; alude a eufemismos frecuentes como “chuparle sus vergüenzas” para referirse a cómo descubrió a su madre teniendo sexo con su padrastro; tampoco hay groserías explícitas sino hasta el final del trabajo e intenta remediar este cariz asignándole un toque “poético” a la obra, tal y como se anuncia desde la solapas, como si pudiera hacer a un lado el recio carácter que debió poseer un personaje de esta envergadura. Este recurso perpetúa los estereotipos de que la crueldad, el sudor y la sangre asentados en una obra literaria sólo pertenece a personajes y narrativas masculinos, mientras que “los femeninos” son relegados al carácter poético y de ensoñación para llegar al mismo punto, dándole la vuelta con trucos de palabras.

Hay, hasta la última parte de la obra, un guiño a lo sobrenatural anunciado desde el primer capítulo y que no termina de desarrollarse, sobre el acompañamiento que hacen las ánimas para determinar la suerte de las personas, sobre todo si está en permanente peligro de muerte, como Amelio: “Tu madre, devota de san Huberto y de todo santo con cara de sufrimiento, varias veces contó que cuando estabas a pocos meses de nacer, allá subiendito el monte por el camino de los magueyes, igual que le pasó al santo, se encontró un venado que tenía cuernos en forma de cruz; el venado habló y le dijo: ‘Su nombre será Amelia y en cuanto nazca deben apurarse a quitarle la mancha del pecado original’”.

Pareciera que el autor, Ignacio Casas, “se colgó” de esa emergencia de los textos escritos por y sobre mujeres, que luchan por abrirse paso en la historia, con personajes y temas reivindicativos, y eso se advierte tras su reciente obra: *La esclava de Juana Inés*, Premio Crijalbo de Novela Histórica, también con perspectiva de género sobre la gran poetisa novohispana.

Hasta aquí puede advertirse que las mejores novelas históricas son aquellas que nos meten en la piel de los personajes, y gracias a ellas el lector puede hasta expeler el sudor y miedo propios en una batalla, o conmoverse ante los infortunios del destino, y si bien en esta obra el tema y el personaje son un acierto, las balas del autor pasaron muy por debajo de su objetivo.

Casas, Ignacio. *Amelio, mi coronel*, Grijalbo, México, 2022, 228 pp.

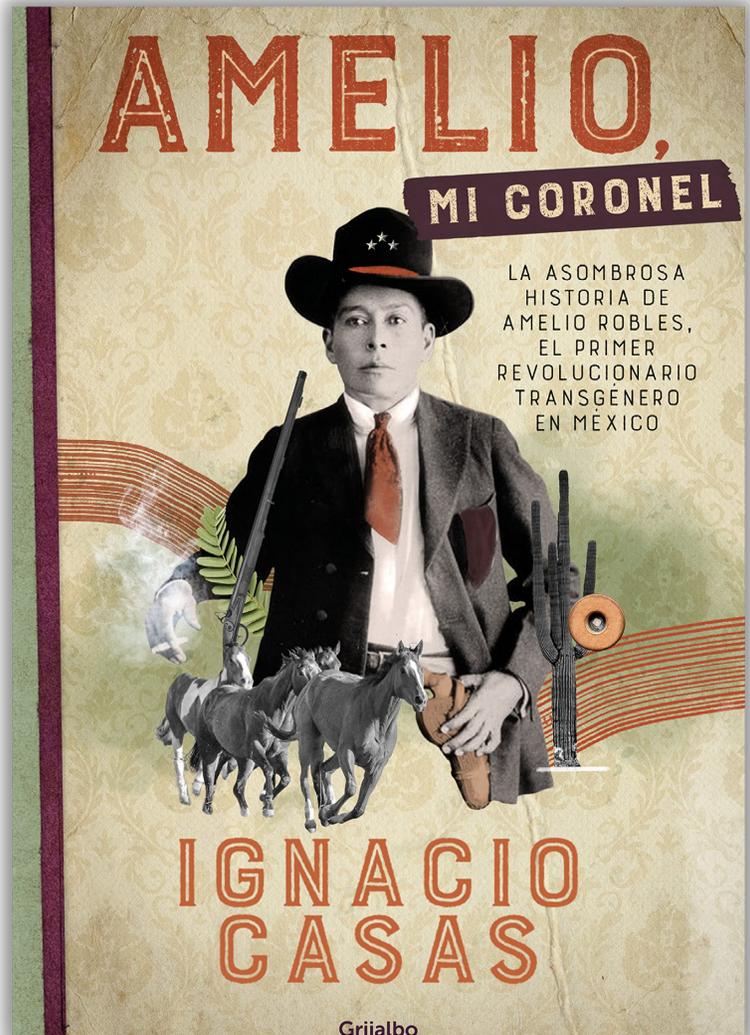


**Antonio Trejo Galicia** (Ciudad de México, 1971). Periodista y escritor. Estudió la Licenciatura en Ciencias de la Comunicación en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM. Se ha desempeñado como periodista en las revistas *Actualidad política* y *Los legisladores*, además de coeditor de la sección *Universidad* en el periódico *La Razón*.

En la UNAM ha trabajado en la Dirección General de Comunicación Social, en el *Boletín de la Facultad de Derecho* y en la Facultad de Química (FQ), donde es editor de la *Gaceta FQ* y coordina la Imprenta de esta misma entidad.

En 2013 ingresó al Taller de Creación Literaria de la Editorial De otro tipo. Ganó los concursos literarios de la FQ en las categorías de Cuento y Cuento corto, uno de ellos publicado en la revista digital *Punto en Línea*, la revista en internet de la Dirección de Literatura de la UNAM. Es autor del libro *La Rusa y otras historias violentas* (2019), presentado por el escritor Felipe Garrido.

En 2021 formó parte del curso *El oficio de escribir*, organizado por *Cursiva*, *Zenda* y *Penguin Random House*, con la participación de los escritores Arturo Pérez-Reverte, Rosa Montero, Elmer Mendoza, Juan Eslava Galán, Juan Gómez Jurado y Emilio Lara. Actualmente es alumno de la primera edición del Diplomado en Escritura Creativa y Crítica Literaria, de la naciente Escuela de Escritura de la UNAM.



# CELULOIDE EN LLAMAS

¿Dónde está Marianne?

por Italo Ruas

Los pensamientos suelen encadenarnos a prejuicios que se arraigan por milenios, esas creencias, se convierten, en verdades sociales que son difíciles de diluir en grupos de seres ciegos, sordos y necios. La influencia de las creencias, envueltas en un método racional poco fiable, puede convertirse en una herramienta para someter y controlar a una población que no necesita pensar, tan solo requiere de su cerebro para elaborar acciones simples que los lleven a una vida plena, repleta de comodidades inútiles. El Estado se encargará de salvaguardar y proteger esa miseria existencial, en donde se desenvuelven esas personalidades, buscando con precisión quien altere el orden creado. Las cámaras de cine más allá de la búsqueda de entretener o desarrollar arte, buscan prevalecer el tiempo y, en otros casos, evidenciar a los agentes disruptivos que constituyen una amenaza seria para el statu quo, así es como nace un sistema voyerista que no tiene confianza en sus pobladores y se oculta detrás de los espejos que envuelven nuestra vanidad.

“La Gran Libertad” (2021) de Sebastian Meise, director austríaco nos presenta en su tercer largometraje, la incapacidad de nuestros sistemas sociales por sembrar la consciencia humana, busca a toda costa homogeneizar el comportamiento y actividad de sus pobladores. El primero de enero de 1872 se creó el artículo 175 en el código penal alemán en donde se establece: “La fornicación contra natura realizada entre hombres o de personas con animales se castigará con pena de cárcel; también se podrán retirar los derechos civiles.” Es con esta norma jurídica, que al inicio de la obra observamos a Hans Hoffman interpretado por Franz Rogowski, cómo es juzgado en 1968 y recluido en una prisión alemana, trasladándonos a la sensación de aislamiento eterno sin derechos. Con un trabajo de escenas bien dosificado por el guión, escrito por Thomas Reider y Sebastian Meise, quienes colaboraron en su ópera prima “Stillleben” (2011), desarrollan una historia que nos traslada durante tres épocas diferentes de la vida de Hans, para así explicarnos la discriminación y persecución incisiva hacia los homosexuales, esto, promovido por la ignorancia y la insensibilidad. Son estas estrategias discursivas las que nos brindan la comprensión de este odio que se arraiga desde las creencias religiosas y, que más adelante, fueron avaladas por la misma ciencia, logrando así desinformar y alejar de la luz, cualquier investigación formal y comprensión profunda de nuestra humanidad.

Muchos de los capítulos de la obra son delimitados con el traslado de Hans a los calabozos, donde, a través de la oscuridad total, se construyen los silencios visuales, permitiendo a los espectadores entrar en reflexión; es en estos puntos donde en varias ocasiones saltaremos de tiempo para desplazarnos a 1945, la primera prisión de Hans después de su estancia en un campo de concentración. Esto nos lleva a explorar la historia de los nazis y los experimentos gestados en Buchenwald, un espacio al que llegaban personas marcadas con el triángulo rosa, para convertirse en experimentos en el intento por modificar sus preferencias sexuales. En “La Caída de los Dioses” (1969) de Luchino Visconti, se nos muestra el colapso de una familia industrial acomodada durante el periodo del Tercer Reich, y en particular en uno de sus capítulos nos exhibe la noche de los cuchillos largos, entre el 30 de junio y 1º de julio de 1934 donde asesinaron al Comandante en Jefe Ernst Röhm de la SA “Sección de Asalto”, con la excusa de sus prácticas sexuales con jóvenes cadetes, los nazis utilizaron el artículo 175 entre muchas otras estrategias, para deshacerse de todos sus enemigos políticos. Cuando Hans es extraído del agujero nos muestran a un militar norteamericano, quien lo lleva directo a una prisión; esto subraya que Estados Unidos no modificó la norma 175, ya que ésta había sido escrita antes de la Segunda Guerra Mundial, por lo que toda persona con la marca del triángulo rosa, sería juzgado y confinado en una cárcel, a pesar del daño recibido por los nazis. Hans será internado junto con Víctor en una celda, es con él que se muestra el juicio social que existe hacia Hans y que, en ese proceso de empatía, convierten el rechazo en un vínculo estrecho de amistad y amor. Esto se sella con un símbolo en la obra, una figura amorfa que le tatúa Víctor sobre el grabado numérico de los nazis en el brazo de Hans.

Los amores de Hans dentro de la cárcel van teniendo una evolución, nos explican la complejidad que existe en el desarrollo de nuestras emociones, lo fácil que es confundirse frente a la presión y los prejuicios sociales que nos envuelven. El sexto capítulo nos introduce a 1957, Oskar y Hoffman son enviados a prisión por su romance, Hans intentará bajo cualquier medio, alimentar un espíritu de lucha a favor de los sentimientos que guardan el uno por el otro. Una escena con el personaje de Víctor, nos indica el excelente trabajo escénico que desarrolla el autor, con un movimiento de cámara, guiado por la fotógrafa Crysten Fournier, una compositora de imagen que trabajó de la mano con Eleonor Coppola en “París puede esperar” (2016), y también con la directora Célinne Sciamma con “Girlhood” (2014), “Tomboy” (2011), y “Water lilies” (2007), esta toma larga va vinculada con otra escena, donde se hace un movimiento inverso al minuto veintiséis de la película, cuando Víctor extrae un carbón de la cocina para el tatuaje de Hans; con estas conexiones escénicas narrativas, se construye una simetría visual que armoniza los argumentos establecidos y demuestran el conocimiento del lenguaje cinematográfico de Meise.

El título de la obra “La Gran Libertad” proviene del nombre de un bar al final de la historia, un lugar al que asiste Hans, en el instante de ser liberado de la prisión. La exposición de recursos históricos, como la llegada a la Luna el 21 de julio de 1969 o los cambios en la norma 175 presentados por la revista “Der Spiegel”, serán fundamentales, para ubicar al público en la época y conecta estos dos hechos de creer en un mundo con mayor equidad. El compañerismo y compromiso en la relación entre Víctor y Hoffman se convertirán en elementos narrativos que le brindarán al espectador confianza en que los cambios que estamos viviendo como humanidad nos abren horizontes repletos de esperanza y compasión.

Veinticuatro años transcurren en la cinta, lo que se refiere a un ciclo y, en éste, alcanzamos a comprender que el amor trasciende cualquier frontera que busca establecer la sociedad dentro de sus visiones limitadas y entender que la razón no es el único vehículo para encontrar nuestra verdad humana. Nuestros valores y principios se deben construir con base en la comprensión de nosotros mismos, sin rechazar cualquier experiencia que eleve el espíritu de la especie.



### **Ítalo Mario Ruas Arias.**

Director cinematográfico.

Dentro de sus múltiples actividades realizadas en el mundo de la cinematografía destacan:

Desde el año 2020 coproductor del proyecto “Telemática cultural”, para la difusión de la cultura, en México y países de habla hispana, cada semana transmiten conferencias virtuales sobre cuestiones de humanidades. De 2017 a 2020 implementó y dirigió un espacio cinematográfico y con alianza de la Cineteca Nacional y otras distribuidoras, realizó la curaduría cinematográfica de más de 200 películas, incluyendo el estreno de la película Roma y los cortometrajes del Festival de cine de Morelia.

Su cortometraje “Papalotl” participó en varios festivales de cine y fue selección nacional en Rusia por Green Vision XII International Environmental Film Festival 2017, dicho cortometraje obtuvo diversos galardones y mereció elogios en festivales de Portugal, México y España.

Desde hace catorce años es docente de distintas prestigiosas universidades, como la Universidad Anáhuac y otras. Durante varios años fue director de comunicaciones en el Centro Universitario CUIH, y para la casa productora Punto de Idea realizó diversas actividades como fotógrafo, camarógrafo, asistente de producción, y otros, para la producción de diversos videos.

Desde el 2005 es director de cine independiente y ha elaborado diversos videos comerciales y cortometrajes, entre los que destacan: Juego de rol, de Kieven Herrasti; El Payaso y Lindé, ambos de Mariana Gómez y ha asesorado diversos proyectos estudiantiles de cine en la Universidad Iberoamericana.

Finalmente es de mencionar que desde 2007 imparte cursos de apreciación cinematográfica, en los que se entablan diálogos con el público, que abarca la historia, estética, técnica y los discursos filosóficos de obras cinematográficas, así como el reconocimiento de los directores y su trascendencia en el medio.

FRANZ  
ROGOWSKI

GEORG  
FRIEDRICH

ANTON  
VON LUCKE

THOMAS  
PRENN

PREMIO MEJOR PELÍCULA  
GIRALDILLO DE ORO  
FESTIVAL DE SEVILLA

PREMIO MEJOR ACTOR  
FRANZ ROGOWSKI  
FESTIVAL DE SEVILLA



FESTIVAL DE CANNES  
UNA CIERTA MIRADA  
PREMIO DEL JURADO

UN FILM DE SEBASTIAN MEISE  
**GREAT  
FREEDOM**  
(GRAN LIBERTAD)

UNA PRODUCCIÓN DE FREIHEITFILM & FROHILM PRODUCTIONS con FRANZ ROGOWSKI, GEORG FRIEDRICH, ANTON VON LUCKE, THOMAS PRENN. DIRECTOR DE FOTOGRAFÍA: CRYSTEL FOLLMER, INC.  
DISEÑO DE VESTUARIO: TANJA HALSCHER, ANDEKA HÖLL. MONTAJE: HEINO SCHMIDT, ROMAN BRAUNHOFER, KERSTIN CHEKLEIN. CASTING: EVA ROTH, BENJAMIN ROTH. DISEÑO DE SONIDO: JÜRIG THEIL, ADRIANS TCHERLANDY, ANASTAS, WOLFGANG.  
MONTAJE: JOANA SZYNDZ AKA. MÚSICA: NILS PETER MÖLLER, PETER BRÜTTMANN. PRODUCTORES: SABINE MOSER, OLIVER NEUMANN, DENNY DRECHSEL. GUION: THOMAS REIDER, SEBASTIAN MEISE. DIRECCIÓN: SEBASTIAN MEISE.  
CON EL APOYO DE: ÖSTERREICHISCHES FILMSTIFT, MITTELDEUTSCHE MEDIENFÖRDERUNG, SKM, OFF, ORF FILM/FEHRSCH-RENTNIMMEN, FILMSTANDORT AUSTRIA, FILMFINANZLÄNDEN.  
AMBIENTACIÓN: BERLIN-SPANDAU/BOURG-LIND ZDF. PRODUCTORA: FFA, EKKA, MITTELDEUTSCHE BEEL IN BRANDBURG, VERBUNDKINOSALES, THE MATCH FACTORY.

www.greatfreedom.com

# Taches y tachones

Aviso de gratuidad.

Taches y tachones es una publicación de circulación gratuita, elaborada por un grupo de amigos con el único y exclusivo propósito de divulgar las letras y las artes, razón por la que no persigue fines de lucro y por ende carece y carecerá de ingresos, porque hasta los avisos comerciales son gratuitos; tampoco tiene erogaciones y los esporádicos gastos que lleguen a presentarse serán sufragados por los administradores de la revista, con cargo a su propio peculio.

[www.tachesytachones.com](http://www.tachesytachones.com)